

# DON QUIJOTE: UNA LECTURA MILITAR Y GNOSTICA

Hernán Vidal

University of Minnesota

## INDICE

--INTRODUCCION	1
--GEOPOLITICA Y ESTRATEGIA IMPERIAL DE LOS HABSBURGO	5
--COLAPSO DEL SISTEMA DE COMANDO Y CONTROL IMPERIAL	13
--PSICOSIS DE GUERRA Y SENTIDO DE LA LITERATURA EN CERVANTES	25
--SATIRA GNOSTICA DE LA HISTORIA DE ESPAÑA	50
--DON QUIJOTE: PRIMERA PARTE	68
SEGUNDA PARTE	103
--MONUMENTALIDAD UNIVERSAL DE <i>DON QUIJOTE</i>	164
--NOTAS Y OBRAS CITADAS	

## INTRODUCCION

No parece ser que se han querido reducir a estos reinos a una república de hombres encantados que vivan fuera del orden natural.

Martín González de Cellorigo, 1600.

Para una perspectiva historicista, *Don Quijote* tiene el aspecto de una gigantesca paradoja. Fue consagrada en el canon de la “literatura universal” que construyó la “cultura Occidental”; fue erigida como gloria de la cultura española y de su imperio, su “Siglo de Oro”; la obra transfiguró el idioma español en la “lengua de Cervantes”. La novela, sin embargo, se origina en la horrible devastación y miseria causadas por la política imperial de los Habsburgo en España y Europa. La crítica literaria y la historiografía dedicadas al período muestran sólo pálidos vislumbres de la experiencia vivida en esa catástrofe. Aunque las historiografías inglesa y estadounidense son las más objetivas, sus protocolos de narración más bien describen la dialéctica estructural de la sociedad española de la época, reflejándose las vivencias muy abstractamente. No puede entenderse cabalmente el significado de la novela con esta carencia. En 1972 José Antonio Maravall llamó la atención

sobre los ocultamientos de ese trasfondo y la estrechez temática que caracterizó la investigación histórica del período en España durante el fascismo franquista que usó el Siglo de Oro para prestigiarse. Con matices diferentes, el juicio de Maravall también es aplicable a buena parte de la crítica literaria más renombrada sobre *Don Quijote*.

La crítica literaria materialista histórica podría llenar ese vacío. La sentencia de Cellorigo es un gran aliciente en cuanto apunta con asombrosa brevedad las conexiones entre la infraestructura material de la época y la superestructura poética de *Don Quijote*. Por ello se prestó atención a la crítica social de los arbitristas de fines del siglo XVI y de comienzos del XVII. De aquí resultó un énfasis en la situación económica de España. No obstante, sobre este punto de entrada al estudio de la novela puede hacerse el reparo de que Cervantes no era economista sino soldado y que en todo momento se exhibió como tal. La visión de mundo en *Don Quijote* está mediatizada por una preocupación militar. Buena parte de la obra de Cervantes muestra un entendimiento crítico de la geopolítica de los Habsburgo. De aquí mi interés por contribuir una lectura militar de la novela 1.

Por lectura militar entiendo un análisis e interpretación del texto de la novela a partir de los macroconceptos más importantes de las ciencias militares –geopolítica, gran estrategia nacional (-imperial), comando y control, conflicto de baja intensidad, comportamiento debido de los prisioneros de guerra—y de sus implicaciones estéticas. Estos conceptos no existían formalizadamente en la época de Cervantes. Precisamente por esta carencia y por la ineptitud habsburguiana en la conducción de una guerra total es que se advierte en Cervantes un vislumbre de lo que en el futuro serían las implicaciones culturales de la administración científico-tecno-burocrática del conflicto armado a escala mundial. La guerra total implica la instrumentalización coordinada y racionalizada de todos los recursos de un Estado para la consecución de los objetivos político-militares señalados por el liderato nacional –todo recurso económico, la población, las instituciones, las ideologías (tradiciones, costumbres, deportes, folklore, filosofía, leyes, religión, ciencia, arte) es convertido en un instrumento estratégico. Los macroconceptos a que me refiero surgieron y se refinaron a raíz de la crítica de la conducción bélica del primer imperio moderno de gran envergadura, el de España. Hermenéuticamente, entonces, en lo militar compartimos un horizonte común con Cervantes y con *Don Quijote*.

El uso analítico de categorías militares muestra los errores garrafales del alto mando

habsburguiano en la conducción de la política imperial y permite imaginar con intensidad las tragedias de la época. Esto facilita la decisión sobre las categorías estéticas que pongo en juego en la interpretación del texto. Mi premisa es que las categorías estéticas constituyentes de una obra surgen de las sensibilidades colectivas generadas por el devenir histórico de una sociedad. Por esto es que hago extensos contrapuntos con las tipologías humanas aportadas por la historiografía más útil para mi propósito y hago una lectura razonablemente detallada (*close reading*), exponiendo la unidad orgánica del relato. Considero insostenible la noción de que *Don Quijote* contiene segmentos ensamblados sin una efectiva articulación ideológica.

Los militares profesionales hacen arte y ciencia de la destrucción física y psíquica, individual y masiva de seres humanos con criterios éticos y legales acumulados por la especie humana en su historia milenaria. La biografía de Cervantes pertenece a la historia de las ciencias militares. Esto posibilita una aproximación histórico-existencialista al proyecto vital plasmado en *Don Quijote*. Cervantes encarnó personalmente tanto el militarismo imperial habsburguiano como su corrupción e ineptitud. Su participación en el aparato logístico de las fuerzas armadas le permitió proyectar la corrupción y criminalidad personal y la de su familia como medida de la corrupción sistémica. El proyecto literario de Cervantes surgió de sus esfuerzos por sobrellevar la psicosis de guerra que sufrió toda su vida madura. Para Cervantes recuperar alguna sanidad significó entender el sentido de la historia de su época a través de la creación literaria.

Hacer arte y ciencia de la masacre sistemática de seres humanos y enorgullecerse de ello explica el nihilismo usual de los filósofos y burócratas conductores de la guerra. Esta es otra de las ironías que dinamiza la novela. Cervantes da voz a ese escepticismo en los consejos de don Quijote al mozo que va a la guerra (Segunda Parte): “Y esto que ahora le quiero decir llévelo en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio en sus trabajos: y es que aparte la imaginación de los sucesos adversos que le podrán venir, que el peor de todos es la muerte, y como ésta sea buena, el mejor de todos es el morir [...] Que puesto caso que os maten en la primera facción o refriega, o ya de un tiro de artillería, o volado de una mina, ¿qué importa? Todo es morir y acabóse la obra” (II, XXIV, p.. 739).

Propongo que la estructura de *Don Quijote* se articula sobre una matriz de mitos gnósticos afines al nihilismo con que Cervantes concibe la historia española. Se ha insistido

en que Cervantes no fue un “genio lego”, que estuvo al tanto de las corrientes intelectuales europeas de los siglos XVI e inicios del XVII. Si esto es así, ¿por qué Cervantes no habría de estar al tanto y usado el Gnosticismo proveniente de Alejandría que el neoplatonismo italiano difundió por toda Europa? El Gnosticismo impactó en la astrología, la astronomía, la alquimia, la química, la medicina, la farmacología, las matemáticas, la geometría, la religión y la magia de la época, influyendo en la creación de los paradigmas que más tarde originaron la ciencia moderna. ¿Por qué contentarse, entonces, con el criterio católico conservador de que la heterodoxia de Cervantes fue limitada, que no fue más allá de convertirlo en cristiano erasmista?

En la época moderna las matrices poéticas gnósticas reemergen en períodos cruciales de la evolución y revolución de las estructuras económicas. Las hecatombes humanas que generan --como las ocurridas en los siglos XVI y XVII-- han puesto en crisis las doctrinas económicas, sociales seculares y religiosas basadas en teleologías salvíficas y redencionistas de la historia. De allí que haya una relación estrecha entre el Gnosticismo y el movimiento mundial contemporáneo de defensa de los Derechos Humanos para tiempos de paz y conflicto armado. Por esto es que en las conclusiones de este trabajo intente aclarar sus directas relaciones con una hermenéutica basada en la Ley Internacional de Derechos Humanos, refiriéndome, en particular, a lo que esto implica para el academismo estadounidense dedicado a la literatura española.

## GEOPOLITICA Y GRAN ESTRATEGIA IMPERIAL DE LOS HABSBURGO

Con la conquista de Granada en 1492 y la anexión de Navarra en 1512, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón completaron la Reconquista y la unificación territorial de España. El reino quedó configurado como una potencia geopolítica capaz de proyectar su influencia militar, económica y política hacia Portugal, el Mediterráneo y América (Parker 1988; Vicens Vives). Los siglos de lucha contra la ocupación musulmana generaron un poderoso aparato militar compuesto por las Ordenes de Santiago, Calatrava y Alcántara, fundadas en el siglo XIII, estrechamente relacionadas con la Iglesia Católica. El desarrollo de las Ordenes y de las conquistas militares estructuró un sistema económico feudal basado en una agricultura latifundista, la crianza masiva de ganado bovino capaces de alimentar a la población peninsular y de sustentar artesanías avanzadas de tejidos de lana, de armas y

construcción naviera. Esta plataforma económica permitió el reclutamiento y equipamiento de un ejército permanente de 50.000 soldados en las décadas finales de la Reconquista (Pettegree) y, a la vez, la construcción y dotación de una marina mercante y de guerra para operar en el Mediterráneo y hacia América.

La proyección mediterránea del Estado español se inició en el siglo XIV con la adquisición de las islas Baleares, Cerdeña, Sicilia, Malta y la conquista del reino de Nápoles en 1503. La posesión de los ducados de Milán y Nápoles permitió el dominio político español de Córcega, de los ducados de Génova, Savoya y Mantua en el norte de Italia, de Toscana y de los Estados Papales. España, Génova y Venecia se establecieron como las potencias principales en el comercio con Hungría, Bulgaria, Dalmacia y el Medioriente. La Santa Liga formada por España, Génova, Venecia y los Estados Papales tomaron la defensa de los intereses económicos y de la supervivencia de las naciones cristianas ante el expansionismo del Imperio Otomano liderado por el Sultán Suleimán V.

Hasta este momento de su desarrollo el Estado español cumplía con el requisito fundamental de toda gran estrategia estatal, el de desarrollar la capacidad institucional e ideológica para definir los intereses nacionales (Dorff; Roskin) en cuanto a objetivos, medios y modos políticos, diplomáticos, económicos y militares de obtenerlos, con una clara conciencia de los valores nacionales y de las amenazas internas y externas que debían neutralizarse. Hacia fines del siglo XV España demostraba tener un liderato político de autoridad incuestionable, de capacidad disciplinaria para cohesionar las regiones y el poder militar capaz de cumplir una serie de funciones vitales –mantener la integridad del territorio nacional; sostener su sistema político-militar con un aparato económico que promovía la prosperidad; mantener la cohesión ideológica del Estado con un catolicismo mesiánico, militante e intransigente y proyectarlo hacia un expansionismo imperialista en el Mediterráneo; protegerse de la amenaza otomana. El proyecto imperial aseguró la participación de la población y la lealtad de los nobles, prometía el enriquecimiento de la gran nobleza, el ascenso social a los nobles menores, los hidalgos; a la soldadesca se daba el incentivo de la aventura en tierras desconocidas, del saqueo y del pillaje.

Esta organicidad político-institucional fue alterada con el ascenso de Carlos V al trono de España en 1516 y la integración del reino al imperio de los Habsburgo. Tanto Carlos V como su hijo Felipe II debieron responder a las responsabilidades de comando del Sacro

Imperio Romano, honor que su dinastía cargaba por siglos, a la defensa de toda la Cristiandad ante el peligro musulmán y de la Iglesia Católica ante las herejías protestantes en toda Europa. Este proyecto coincidía en España con la tradición ultracatólica forjada durante las guerras de la Reconquista y explica el apoyo que por décadas le dio la nobleza y la población española. La militancia ultracatólica y la riqueza real o potencial de muchas de sus posesiones aseguraron a los Habsburgo la hegemonía europea en la medida en que otras naciones reconocieron que esta dinastía tenía la determinación, los recursos económicos y la experiencia militar para dirigir la lucha contra el Imperio Otomano. Esto había quedado demostrado con la resistencia de los Habsburgo contra los musulmanes en Serbia (1459), Bosnia (1463-6), Albania (1468), Hungría (1526) y contra la incursión turca hacia Viena en 1532.

Los Habsburgo españoles debían conservar posesiones de gran dispersión geográfica, acrecentarlas y estabilizar su hegemonía sobre Europa con una política de uniones matrimoniales con otras dinastías, especialmente en lo que respecta a Francia, Inglaterra, Escocia, Irlanda y Portugal. Por esto los Habsburgo tendrían que iniciar múltiples guerras, en diferentes zonas. La dispersión geográfica desplazó la preocupación estatal a la totalidad de las relaciones del sistema europeo, desdibujándose la relevancia particular de España. Las diferentes posesiones debieron contribuir los recursos para la implementación y sostenimiento a largo plazo de la política internacional –financiamiento para la guerra, soldados, mercenarios, naves, equipamiento, tecnología, instrucción, alimento, transporte, alojamiento, seguridad policial. Los gravámenes impuestos a España y a las regiones españolas de los Países Bajos fueron siempre mayores. A poco de iniciada su monarquía, Carlos V tomó conciencia de que las recaudaciones imperiales, incluidos los enormes ingresos de metales preciosos originados en América, jamás serían suficientes para financiar la empresa imperial (Kamen).

Aunque Carlos V y Felipe II prorrataron los gastos imperiales entre sus posesiones y aliados, Castilla fue su principal fuente de financiamiento. Hacia 1534 el pago de deudas ya comprometía todo ingreso fiscal para los próximos seis años. En 1544 todo ingreso de metales preciosos americanos estaba comprometido a largo plazo. Hacia 1574 la diferencia entre recaudos y gastos financiados por Castilla era impresionante --un ingreso de 5.600.000 de ducados versus egresos de 74 millones. A medida que los compromisos

militares de Felipe II aumentaron, desde la década de 1560 los gastos escalaron súbita y astronómicamente. Antes de 1566 los gastos militares en España, el Mediterráneo y Flandes no subieron de 2 millones de ducados por año. En la década de 1570 llegaron a más de 4 millones; en 1598 se los estimaba en 10 millones. Sólo a Flandes, entre 1567 y 1586 la monarquía envió un millón y medio anual para financiar una guerra que duró ochenta años. Por sí sola la preparación de la Gran Armada contra Inglaterra, derrotada en 1588, costó 10 millones de ducados (Kamen).

Para aumentar los recaudos fiscales, desde 1559 Felipe II puso en juego las extorsiones, arbitrariedades y represiones que caracterizaron su reinado: aumento insostenible de impuestos de aduanas, de impuestos generales a todo tipo de institución –la Iglesia Católica en particular–exceptuando a la nobleza, confiscación de alimentos y manufacturas, confiscación y venta de tierras, de señoríos, de títulos nobiliarios y de cargos en las burocracias fiscales encargadas de recaudamientos. Entre 1559 y 1598 los recaudos fiscales se triplicaron anualmente de 3 millones de ducados a 10.5 millones. Para ello la carga de impuestos debió aumentar en un 450% mientras los salarios en España aumentaron sólo en un 80%.

A estas dislocaciones se agregaron los efectos de la enorme inflación que afectó a España ya sin cesar desde las primeras décadas del siglo XVI. A la demanda de alimentos y manufacturas por el crecimiento de la población española se agregó la demanda transatlántica por la prohibición de que las colonias americanas se autoabastecieran. Aunque los pagos en metal precioso americano crearon un boom económico especialmente en Andalucía, la producción no se equiparó con la demanda. Entre 1511 y 1559 los precios subieron entre un 109% y un 665%, afectando la calidad de vida de todas las clases sociales, excepto los especuladores. Por sí misma la cantidad de metal americano circulante aumentó enormemente las presiones inflacionarias. El metal americano hizo que la exportación de materias primas como la lana alcanzara precios prohibitivos en el mercado internacional. Para los inversionistas españoles la compra de manufacturas extranjeras y la compra de bonos de la creciente deuda fiscal fue más lucrativa que manufacturar en España. El flujo de capitales hacia el exterior hizo escaso el capital para la inversión interna. Importantes empresas manufactureras, agrícolas y comerciales quebraron y pasaron a manos de capitalistas extranjeros. La economía española perdió la capacidad de generar

empleo y quedó controlada por inversionistas extranjeros. La recaudación de impuestos aduaneros era insuficiente dado el contrabando masificado con la connivencia de la autoridad y la burocracia estatales.

A diferencia de lo ocurrido en Inglaterra y el resto de los Países Bajos, los Habsburgo en España no tuvieron una política de reformas legales, laborales y tributarias que fomentaran la productividad de las burguesías dedicadas a la agricultura, la manufactura, el comercio interno y la exportación (Knutsen, pp. 100-103). Con el aumento de impuestos y recaudaciones extraordinarias declinó la productividad de las aldeas y pueblos, aumentaron sus deudas, perdieron tierras comunes y privadas, los aldeanos arruinados migraron a las ciudades donde engrosaron las multitudes de vagabundos, desocupados, pordioseros y criminales. Quienes eran autorizados emigraban a América. Otros se enrolaban en las fuerzas armadas. Por la peste bubónica y las malas cosechas en el norte de España en 1557-58 y en 1566-67 decreció la población casi un 50%. Castilla, el núcleo geopolítico español que en la primera mitad del siglo XVI había prosperado, quedó arruinado en las últimas décadas y perdió por lo menos un quinto de su población (Elliott; Kamen).

En la medida en que se acrecentó la extorsión sistemática por parte del Estado, se violaron los fueros tradicionales de las regiones, generándose movimientos insurreccionales intermitentes a partir de 1520 con los comuneros castellanos, insurrecciones que luego continuaron en Aragón, Navarra, Cataluña, Valencia. La insurrección de las provincias españolas de los Países Bajos a partir de 1567 se atribuye en gran medida a los impuestos crecientes y constantes. Como resultado, el autocratismo de la monarquía se hizo dictatorial y en el curso de los años necesitó de un aparato represivo permanente (Maravall 1975). Los Habsburgo quedaron inevitablemente involucrados en constantes guerras internas en cada una de sus posesiones y en diferentes zonas del sistema imperial.

La insuficiencia crónica de recaudos fiscales obligó a Carlos V y a Felipe II a recurrir a préstamos internacionales contratados con banqueros portugueses, genoveses, alemanes y holandeses y a préstamos internos (los censos y los juros). Dada el déficit crónico de las arcas fiscales, los intereses de los préstamos extranjeros no podían ser sino altísimos -17,6 % en 1520-32; 21,3 % en 1533-44; 27,8 % en 1543-51; 48,8% en 1552-56. A partir de 1552 los banqueros genoveses cargaron un 67,4 %. Felipe II debió suspender los pagos declarando bancarrotas en 1557, 1560, 1575, 1576, 1596. En 1565 los pagos de préstamos



significaron un 84% de los ingresos fiscales. A pesar de todo, la infusión de capital extranjero y la radicación de comerciantes extranjeros en Medina, Burgos y Sevilla creó la imagen de que España “entraba en un período de prosperidad superficial con pocas raíces en recursos propios y que los observadores inteligentes pronto reconocieron como una ilusión” (Kamen, p. 171).

Expertos de Estado Mayor militar afirman que la evaluación de los objetivos de las grandes estrategias nacionales no debe considerar la imagen abstracta de poder militar que pueda proyectar un Estado. La imagen de España en el siglo XVI parecía incuestionable. La validez de las grandes estrategias nacionales está en el realismo operativo con que el liderato actúa para alcanzar esos objetivos en medio de los cambios constantes de las interrelaciones estatales y de las situaciones específicas que prevalezcan en todo el sistema internacional (Jablonsky). En esto es de vital importancia la eficiencia del aparato administrativo y la habilidad de su uso por el liderato político-militar para coordinar, equilibrar y modificar a su favor situaciones complejas que producen efectos simultáneos –la preservación y expansión del aparato económico que apoya y financia la intervención internacional; la eficiencia del diseño y dirección de las operaciones; la resolución con que se enfrentan contingencias inesperadas que inevitablemente ocurrirán; la acumulación de inteligencia indispensable para entender el entorno cultural en que se interviene y los recursos espirituales y materiales del enemigo; los condicionamientos geográficos y climáticos de la zona en que se opera; la preparación, disciplina, adoctrinamiento ideológico y equipamiento de las tropas desplegadas. La coordinación acertada de estos factores redundará en la conservación de recursos y en minimizar el dispendio. Esto demanda un análisis rigurosamente pragmático, del todo realista, para intervenir bélicamente sólo cuando lo exija la protección de intereses vitales, evitando guerras que no respondan directamente a ellos.

Ese pragmatismo puede ser distorsionado por la primacía de principios ideológicos inflexibles (Roskin). Puede que la autoridad político-militar ideologizada eleve aun los asuntos más irrelevantes a la categoría de intereses vitales para una nación. El ideologismo puede precipitar la destrucción de una nación en aras de objetivos de valor sólo para una imaginación distorsionada. Una vez que esto ocurre, la inercia burocrática y la intelectualidad influyente que quizás pueda obtener beneficios personales de esta situación

prolongarán las distorsiones ideológicas indefinidamente, no importando los sacrificios.

Lo revistado expone la irracionalidad tanto de los objetivos definidos por el proyecto imperial de los Habsburgo como los modos de cumplirlos. En el contexto geopolítico de la época, mantener unido a toda costa un imperio de extrema dispersión geográfica y compuesto por civilizaciones incompatibles entre sí auguraban guerras constantes y enormes gastos militares (Parker 1994; 1998; 2002). Las grandes distancias aumentaban extraordinariamente los costos y hacían imposible explotar coordinadamente el envío y recepción de tropas, de recursos y de información vital para las campañas militares y diplomáticas. Durante el invierno la “ruta española” que conectaba los recursos militares del Mediterráneo con el norte de Europa quedaba cortada, permitiendo que arreciara la actividad subversiva en los Países Bajos. Por falta de una flota de guerra en Flandes (Stradling), maestría naval y por las amenazas de las marinas de guerra de Inglaterra y Francia, España tenía dificultades en usar las rutas marítimas del Atlántico hacia los Países Bajos. Esto quedó subrayado con el fracaso de la Gran Armada en 1588, empresa acometida contra todo sentido común y consejo de expertos porque el fervor religioso de Felipe II lo llevaba a intuir que Dios apoyaba la empresa. Aunque la monarquía española había tenido largos nexos comerciales, de amistad y familiares con Inglaterra, Francia y los Países Bajos, el hecho de que los Habsburgo definieran las relaciones diplomáticas primordialmente en términos del imperativo ideológico de destruir las herejías protestantes condenaría a España a guerras constantes e innecesarias. Con un pragmatismo de tolerancia religiosa, una larga paz habría sido posible. No obstante, Felipe II por largo tiempo prefirió métodos de dura represión, como los que encargó al duque de Alba en los Países Bajos y los siguientes preparativos para una nueva invasión de Inglaterra después del fracaso de la Gran Armada. Mientras la paz era posible en el norte europeo, no lo era en el Mediterráneo por la amenaza otomana contra los territorios españoles y sus rutas militares y mercantiles. Felipe II, sin embargo, nunca fue capaz de decidir si el principal esfuerzo militar del imperio estaría en el Mediterráneo o en Europa del norte.

Imperativos religiosos y consideraciones de prestigio político de escaso o ningún valor para los intereses vitales y la conservación del poder material, para su consecución y defensa llevaron al debilitamiento catastrófico de España. Este contexto llevó de hecho o potencialmente a la grave violación sistemática de lo que hoy en día entendemos por

Derechos Humanos Políticos, Económicos, Sociales y Culturales. La sensibilidad social daba cuenta de una gruesa costra de enfermedad, desesperación, violencia y depresión psicológica para grandes masas de la población, encallecimiento ético y moral en las autoridades estatales y la monarquía y lujo ostentoso y dispendio inútil en los enclaves de la Corona y de la gran nobleza española, costra de la que difícilmente podría emerger un sentimiento utópico. Puede hablarse de una sociedad administrada para la promoción de la muerte, demoníaca, por tanto. La polarización entre el *Lazarillo de Tormes* y la poesía de Góngora da testimonio de esto.

## COLAPSO DEL SISTEMA DE COMANDO Y CONTROL IMPERIAL

Las dimensiones demoníacas de esta administración social pueden evaluarse aún más claramente si se considera el sistema de comando y control militar operado por los Habsburgo.

La noción de comando y control complementa la de gran estrategia nacional y comparte algunas de sus tareas –por ejemplo, las de definir objetivos vitales para una nación; obtener y organizar recursos materiales, tropas y pertrechos de guerra; planear y tomar decisiones operativas a corto y largo plazo; supervisar su cumplimiento (Alberts y Hayes). Lo que la gran estrategia nacional establece a nivel abstracto, el aparato jerárquico encargado del comando y control lo traduce en las tareas prácticas de definir las campañas militares específicas con que se cumplirán los objetivos nacionales en zonas geográficas específicas, durante períodos específicos y se llevarán adelante las operaciones contempladas de manera que todas las unidades y elementos militares y civiles involucrados cumplan con las funciones y misiones asignadas (Army Manual FM 6-0). Esto obliga a acumular, analizar, interpretar y actualizar constantemente información sobre las capacidades, preparativos, disposición y recursos del enemigo en relación con el diseño de los objetivos estratégicos y tácticos; comunicar esta información y dar instrucciones para coordinar la acción de las unidades que componen el aparato militar desplegado; cuidar que esas tareas se cumplan de acuerdo con un calendario tentativo que permita improvisaciones; monitorear y evaluar los resultados; introducir las correcciones necesarias de acuerdo con las incidencias de la campaña.

El conflicto mismo inevitablemente introducirá todo tipo de incidentes fortuitos,

accidentes, incompetencias de ejecución, alteraciones, obstáculos y dificultades a los planes mejor trazados y sincronizados. En la jerga militar estas contingencias se llaman “fricción”. Por esto el alto mando debe contar con mandos medios e inferiores dotados de grados de autonomía de decisión, con la educación, la disciplina, la conciencia de su cometido y capacidad de intuición e improvisación para mantener una relación interactiva y dinámica, mutuamente influyente con el alto mando. Esto permite comunicar experiencias que impliquen la necesidad de modificar algún aspecto de los planes originales, prevenir en lo posible sucesos inesperados, adaptarse a contingencias y cumplir las misiones asignadas experimentando con aproximaciones no contempladas en la planificación original del Estado Mayor. Más que control entendido como monitoreo del cumplimiento estricto de normas y funciones prefijadas, se trata de una interrelación cooperativa de los diferentes mandos, unidades y elementos en que todos tienen la oportunidad de innovar para la consecución de objetivos comunes.

Evaluar la función de comando y control militar en el período que nos concierne requiere un examen del funcionamiento del aparato burocrático que implementó la política internacional de Carlos V y Felipe II. Para estos efectos es útil considerar elementos de la sociología de Max Weber sobre la historia de las burocracias estatales.

La implementación de las grandes estrategias nacionales contemporáneas y su ejecución en términos de comando y control en los términos descritos requiere la dirección de una autoridad legal impersonal, apoyada por un aparato burocrático profesional designado de acuerdo con estatutos formales que racionalizan su actividad y sus resoluciones de acuerdo con una preparación científica y técnica avalada por un escalafón que dota al personal de experiencias administrativas de creciente complejidad y responsabilidad. De acuerdo con su especialización, este aparato burocrático informa y apoya las resoluciones y planificaciones de una autoridad legal que responde a normas impersonales que definen un cargo concedido por méritos jerárquicos y no por favoritismo caprichoso de la autoridad. Estas consideraciones han articulado la organización de las fuerzas armadas modernas que movilizan enormes cantidades de tropas según diferentes comandos especializados. Por ejemplo, comandos de estrategias y tácticas de combate, logística, equipamiento y abastecimientos, transporte, comunicaciones, entrenamiento e inteligencia, todos ellos sujetos a doctrinas estandarizadas y a la planificación de un

Estado Mayor presidido por Jefaturas Comandantes que responden a la autoridad política. En conjunto con la institucionalidad estatal y la autoridad política, el aparato militar coordina el desarrollo económico, territorial y humano de la nación para su defensa y el cumplimiento y logro de sus objetivos nacionales.

La complejidad de los circuitos geopolíticos de movilización de recursos militares durante las monarquías de Carlos V y Felipe II demandaba ese tipo de administración burocrática-técnica-política-militar. Esos circuitos geopolíticos fueron tres.

Inicialmente, en el este de la cuenca mediterránea, se requería la dotación de guarniciones militares y navales para asegurar las posesiones italianas, Chipre y Malta y hacer frente a las armadas turcas. En el oeste mediterráneo, se debía controlar y destruir a los corsarios berberiscos norafricanos apoyados por el Imperio Otomano para proteger las islas Baleares, Córcega, Cerdeña, Sicilia, Valencia y Cataluña.

Especialmente a partir de la insurrección de las provincias españolas de los Países Bajos iniciada en 1566, era imperativa la habilitación y mantenimiento de la “ruta española” para desplazar desde el norte de Italia, tropas, pertrechos y vituallas. La ruta progresaba hacia el norte a través de Suiza, Franche-Comté, el Tirol, Alsacia, Lorena, Borgoña y Luxemburgo.

Para proteger las rutas a América y planear las invasiones de Inglaterra e Irlanda, era imperativo reforzar las guarniciones españolas en los Países Bajos y las bases navales cantábricas en el norte de España, Coruña, Laredo, San Sebastián y también Lisboa.

Fuera de las grandes batallas navales de Lepanto y de la Gran Armada, las empresas militares españolas de mayor envergadura fueron terrestres. Luego de derrotar a los turcos en Lepanto, de acuerdo con las incidencias de la política internacional, con frecuencia Felipe II transfirió fuerzas entre los dos polos geopolíticos, el Mediterráneo y el norte europeo, convirtiendo así la “ruta española” en un elemento estratégico de importancia máxima. Esto exacerbó aún más la serie de conflictos religiosos con Francia puesto que la monarquía francesa se consideraba permanentemente asediada y amenazada por España en su flanco del este (Parker 1988).

A la vez la “ruta española” se convirtió en otra causa de dispendio de recursos en la medida en que Felipe II nunca pudo decidir si el pivote principal de su política internacional sería el Mediterráneo o el norte europeo.

Mientras tanto, por el derrame de capitales, tropas y pertrechos hacia el exterior, España misma quedó desguarecida en su seguridad interna. Castilla ya no contaba con una milicia ni contó con un mínimo de recursos para contrarrestar, por ejemplo, las incursiones y saqueos del corsario inglés Francis Drake contra Vigo en 1585 y 1589 y contra Cádiz en 1587 y 1596. Desde la década de 1570 el crecimiento del bandidaje organizado puso en peligro las transferencias internas y hacia Italia de moneda para sufragar gastos, aun bajo custodia militar y usando rutas militares. Fueron especialmente famosos los espectaculares asaltos de 1577, 1578 y 1613 en que los bandidos expropiaron la totalidad de los envíos. Este bandidaje podía convertirse en amenaza internacional ya que los forajidos establecieron nexos con los protestantes franceses. Al actuar sobre evidencias de que los moriscos se habían convertido en un peligro para la seguridad interior por conectarse con representantes otomanos y corsarios bereberes, por la escasez de pertrechos el ejército español tuvo serias dificultades para controlar la prolongada sublevación de los moriscos en Cataluña, Valencia y Andalucía (1568-1571). En 1582 Felipe II debió extraer 18 compañías de infantería de sus tareas en Flandes para controlar las costas de Cataluña y Valencia.

La magnitud de las fuerzas desplazadas a través de estos circuitos geopolíticos puede juzgarse con datos como los siguientes. Para conservar el ducado de Milán, Carlos V movilizó 60.000 tropas y mantuvo guarniciones permanentes de varios miles en Milán, Génova, los Estados Papales, en el reino de Nápoles y Albania y guarniciones menores para habilitar y mantener las diferentes etapas de viaje de la "ruta española". Las fuerzas empleadas en la batalla de Lepanto (1571) sumaron 180 galeras, 11 galeazas, 14 naves de transporte y 15.000 soldados. Desde 1567 en adelante, para suprimir la sublevación de las posesiones en los Países Bajos por ochenta años España mantuvo un ejército permanente que fluctuó entre los 10.000 y los 90.000 soldados. Para invadir Inglaterra la Grande Armada reunió 20 galeones, 4 galeras, 4 galeazas, 47 barcos mercantes, 21 barcas, 31 naves menores con 7.000 marinos y 27.000 soldados.

Sin embargo, para administrar estas enormes dependencias y volúmenes de recursos militares para una guerra total el aparato estatal español operó con los usos administrativos característicos de la Edad Media.

Weber describió este sistema medieval con el término "autoritarismo patrimonial". En lo que concierne a los Habsburgo, la autoridad social de una nobleza organizada en torno a

un monarca fue legitimada por la sacralidad atribuida al orden y a los poderes de control social que procedían del “así siempre ha sido”, de usos y costumbres antiquísimos. El aparato burocrático que secundaba al monarca no respondía a un escalafón profesional impersonal. Los niveles administrativos más altos estaban compuestos por sirvientes del monarca que ocupaban cargos por su voluntad, arbitrio y placer personal y mientras demostraran una lealtad probada y reconocida. Esto se concretaba especialmente en el “favorito” del monarca, figura característica del autoritarismo patrimonial y de poder omnímodo mientras contara con su confianza. Esta figura era generalmente reclutada en círculos de servicio personal cercanos al monarca. En los niveles burocráticos más altos, las áreas de competencia de estos burócratas-sirvientes nunca quedaban claramente definidas. Podía ocurrir que importantes asesorías políticas, militares, económicas, financieras, diplomáticas y legales correspondieran simultáneamente con mayordomías encargadas de las rutinas de mantenimiento, alimentación y aseo de la casa real y del cuidado personal y familiar del monarca.

El monarca pagaba y mantenía su burocracia más cercana con las prebendas tradicionales que le correspondían, por la producción de tierras de su patrimonio ancestral y la concesión formal del derecho a recolectar impuestos y otras cargas públicas concedidas por pactos o contratos antiquísimos o nuevos. A su vez, la nobleza recipiente de prebendas se convertía también en concesionaria de prebendas, generándose así un sistema jerárquico de lealtades que daba a estas relaciones un decidido perfil mafioso. Dependiendo de las necesidades de las arcas fiscales, para asegurar ingresos fiscales a cortísimo plazo también se puso a la venta o se arrendaron cargos estatales de niveles intermedios y menores. De hecho estos funcionarios se apropiaban y privatizaban una porción de la autoridad del monarca. Como parte de un programa de ahorro de la autoridad central, se esperaba, además, que estos privatizadores financiaran su propio personal administrativo o de guerra y su equipamiento, conservando un rédito de las entradas y los gastos. Parte importante de la autoridad monárquica y estatal se convirtió en un negocio privado y mafioso.

Estas prácticas introdujeron una serie interconectada de irracionalidades que afectaron todo nivel de la administración y la política estatal. La productividad económica quedó sujeta a extorsiones arbitrarias, sin ninguna periodicidad razonable, según las necesidades de los privatizadores y de sus superiores. Tanto los empresarios como la

autoridad central del Estado quedaron incapacitados para calcular a cierto plazo el balance entre las entradas y los gastos. Era imposible, por tanto, que el monarca pudiera confiar aun en sus asesores más cercanos; sospechaba la criminalidad de todos ellos (Parker 1998). Por ello es que, en las entrevistas con sus asesores personales y embajadores extranjeros, Felipe II rehusaba mostrar sus intenciones verdaderas y jamás adquiría compromisos que pensara cumplir. Las recomendaciones de los diferentes consejos asesores para él eran nada más que opiniones que no lo obligaban. Para asegurarse, insistía en supervisar toda decisión de gobierno y exigía y leía diariamente enormes cantidades de memorandos, informes, evaluaciones y propuestas, las que comentaba por escrito minuciosamente. Era imposible que Felipe II absorbiera ordenada y juiciosamente un flujo gigantesco de documentos e información.

Si nos atenemos al modo con que Geoffrey Parker la describe, puede concluirse que la personalidad de Felipe II era la de un esquizotípico (*DSM-IV*). Son individuos solitarios incapaces de crear y mantener relaciones, excepto con sus familiares más cercanos. Son incapaces de interpretar las claves interpersonales de empatía e intimidad, así como son incapaces de expresar un registro de emociones. Su apariencia es tiesa, ultracontrolada, desmañada, no observan los protocolos, gestos y cortesías del trato diario, impresionan por su seriedad, nunca se relajan. Desconfían de todos. Su habla es vaga y tienden a digresiones que confunden a sus interlocutores. Son paranoicos y tienen episodios de depresión severa. Felipe II tenía la absoluta seguridad de interpretar la voluntad de Dios en su política internacional --los esquizotípicos padecen de alteraciones perceptuales que pueden convertirse en episodios psicóticos de corta duración. Estos pueden reforzar una seguridad megalomaniaca de que pueden intuir a corto y largo plazo el resultado exitoso de sus iniciativas. Una vez seguro de entender la voluntad divina, Felipe II buscaba comunicación sobrenatural. En el Escorial reunió 7.422 reliquias anatómicas de santos, con los que dialogaba. Las reliquias incluían 12 esqueletos íntegros, 144 cabezas completas y 306 extremidades completas de diversos santos (Parker 2002, p. 31).

En Felipe II estos desórdenes son agravados por su manía por el papeleo burocrático. El monarca padecía de una obsesión compulsiva que le exigía un perfeccionismo fanático. Una extrema escrupulosidad y persistencia lleva a estos individuos a preocuparse de los más mínimos detalles de las reglas, normas, procedimientos, listas,



esquemas, hasta el extremo de que les es difícil tomar decisiones finales. Se apoyan en valores éticos y morales de gran rigidez que imponen a sus dependientes, a la vez dudando de su competencia y limitando su iniciativa. Les es difícilísimo delegar funciones. Por ello sufren grandes tensiones, quizás aumentando, en el caso particular de Felipe II, las perturbaciones sensoriales y los mini-episodios psicóticos.

Psicosis, paranoia, megalomanía, rigidez ideológica y corporal, depresión, obsesión compulsiva. Podría pensarse que el personaje don Quijote es una parodia de Felipe II.

Felipe II buscaba asesores de las perspectivas y criterios más opuestos, a los que comunicaba opiniones personales también contradictorias para desorientar sus supuestas intenciones de malversación y conspiración. Esto exacerbaba las luchas de facciones cercanas al rey para lograr y mantener una cuota de influencia. Luego de escuchar sus acalorados argumentos, Felipe II creía tomar decisiones certeras al intuir y juzgar la racionalidad y conveniencia de las polémicas. Como toda decisión emanaba directamente de Felipe II, se retardaban o posponían indefinidamente resoluciones de importancia. En especial esto entorpecía la estrategia militar desarrollada a gran distancia, con comunicaciones difíciles que demandaban decisiones *in situ* (Parker 1998; Kamen). Esto explica la irresolución de Felipe II en cuanto a privilegiar bien el foco mediterráneo o noreuropeo de su gran estrategia. También explica la facilidad con que Felipe II subsumía la complejidad de los problemas del mantenimiento del imperio en las fórmulas ideológicas más sencillas y simplificadoras, como la primacía dada a la defensa de la Cristiandad.

El estilo administrativo de Felipe II correspondía a la limitación territorial de las guerras de la Edad Media. El flujo de comunicación y decisiones tenía un radio espacial limitado. La fuerza principal era la caballería, fuerza difícil de mantener y preparar por su altísimo costo y su alto nivel de especialización y entrenamiento. Los caballeros eran de tal utilidad que llevó a los monarcas a codificar para ellos garantías especiales que luego el folclor y los literatos idealizaron. En la Reconquista las monarquías mantuvieron cuerpos de caballería a su disposición inmediata arraigando como señores feudales a los miembros de las Ordenes de Santiago, Alcántara y Calatrava. Fuera de que estas prebendas resultaban más baratas que la contratación de las órdenes de caballería errante, a larguísimo plazo los caballeros convertidos en señores feudales constituyeron un grupo de apoyo a las monarquías. Esta estructura de poder aseguraba el monopolio de las armas y el uso de la

violencia militar en manos de estamentos especializados siempre a la mano.

Al contrario, el proyecto imperial de los Habsburgo requería la logística de una gran potencia para la guerra total moderna, en que se juegan planificadamente todos los recursos económicos, institucionales, militares y psicológicos del Estado, proyectándolos a lejanos teatros de operación. A partir del siglo XVI la guerra en Europa involucró a la totalidad de las poblaciones nacionales e introdujo el uso de artillería fácilmente transportable y la distribución masiva de armas de fuego individuales. Esto no sólo terminó con el predominio de la caballería; también hizo extremadamente difíciles las tareas militares de comando y control. A la vez, la gran circulación de armamento en manos del populacho implicó una amenaza para la estabilidad del orden monárquico absolutista (Diakonoff). En lo burocrático, por tanto, las monarquías de Carlos V y Felipe II fueron la transición entre la concepción medieval de la guerra y la moderna. *Don Quijote* es testimonio monumental de esta transición.

El concepto medieval de la guerra pervivió en las deficiencias del sistema de comando y control imperial de Felipe II, formato en que era inconcebible el futuro sistema de estado mayor especializado, en que se delegarían grandes ámbitos de responsabilidades logísticas. Además de su irresolución crónica, su ideologismo megalomaniaco y su perfeccionismo compulsivo, desde su encierro en el Escorial Felipe II no respetaba el principio militar básico de que, al implementarse los planes de campaña, en el campo de batalla es indispensable considerar que todo lo que puede fallar fallará. Antes de llevarse a cabo una operación, Felipe II se aseguraba de que los planes dieran por ciertos y efectivos aun los detalles más mínimos y las sincronías más dudosas. Tampoco consideraba alternativas de adaptación posibles si fracasaban las originales.

Si el comando y control en las altas esferas políticas fue irracional, fue caótico a nivel de las operaciones en terreno (Parker 1972). Es aquí donde se aprecian en toda su magnitud los efectos del desastre económico de la época y de las privatizaciones del poder estatal característicos del autoritarismo patrimonial.

En una situación sin paralelos en la historia militar, entre 1574 y 1607 el Ejército de Flandes con que España intentó reprimir la insurgencia en las provincias de los Países Bajos tuvo 45 motines, 21 duraron más de un año y se dieron grandes y constantes porcentajes de deserciones. Los motines involucraron en especial a las tropas peor pagadas, los picadores

y los arcabuceros (Cervantes fue arcabucero), no a la totalidad que incluía a mercenarios extranjeros. En 1576 casi se dio una desintegración total cuando el Ejército de Flandes perdió un 80% de sus efectivos por deserciones, además de altos porcentajes de enfermedades y muertes causadas por enfermedades. En ocho meses las tropas de don Juan de Austria disminuyeron de 60.000 a 11.000.

En Flandes los motines con frecuencia paralizaron importantes campañas, sabotearon ofensivas y pusieron en peligro la seguridad y la lealtad de regiones y ciudades leales a España. El Ejército de Flandes no se desintegró definitivamente porque los soldados más propensos al motinaje fueron españoles, que no pasaban de un 25% a un 30% de contingentes multinacionales compuestos por belgas, alemanes, italianos, ingleses e irlandeses. En última instancia, los soldados españoles amotinados se convirtieron en el peor enemigo de los intereses españoles, no la insurgencia.

Los soldados se amotinaban por las miserables condiciones de vida. Tenían mayores posibilidades de morir de hambre, desnudez, privaciones, exposición a las inclemencias climáticas y maltratos de la oficialidad que en combate. La oficialidad a todo nivel y los contratistas de mercenarios se consideraban empresarios en busca de ganancia y no sólo inflaban los precios cargados a la tropa por las vituallas y las armas que debían portar; también prestaban dinero a intereses usurarios y se apoderaban de los pagos pendientes a los familiares de soldados fallecidos. Los desfalcos cometidos por la burocracia estatal supervisora de los pagos militares constituían un sistema económico independiente.

Esta corrupción mafiosa era superada con creces por la de la Corona y del Estado en momentos en que la inflación galopante de la época aumentaba catastróficamente el financiamiento militar y los costos de los alimentos en las zonas de operación. La inflación imponía que los pagos fueran hechos en moneda metálica, el único medio aceptado. No obstante, las bancarrotas periódicas de la monarquía hacían que esta moneda se hiciera extremadamente escasa. La monarquía solucionó la situación haciendo de la estafa un sistema burocrático oficial para la conducción de la guerra --por los grandes déficit fiscales contrataba tropa y empresarios abastecedores a sabiendas de que no pagaría regularmente o del todo. Usaba, además, todo tipo de subterfugios para retardar los pagos, alegando falta de personal para tramitarlos, pérdida de documentos, errores burocráticos.

Las operaciones españolas en los Países Bajos correspondieron a lo que hoy en día

se llama “conflicto de baja intensidad” (Army Field Manual FM 100-20). El objetivo principal de este tipo de conflicto es el control y estabilización política de regiones en que operan elementos sublevados contra el gobierno central. La organización de los insurgentes es difícil de precisar y combatir puesto que involucra sucesiva o simultáneamente tanto acciones de individuos, de células secretas, de grupos paramilitares y de unidades militares regulares. Con los conflictos de baja intensidad la autoridad intenta resolver una problemática más bien política. Generalmente son conflictos de larga duración porque no tienen tanta relevancia los asuntos militares sino los económicos, ideológicos y psicológicos que involucran a toda una sociedad. A diferencia de operaciones bélicas regulares, hay gran participación de sectores civiles que deben ser involucrados en la estrategización del conflicto. La aplicación de fuerza militar es de importancia secundaria, de variable dimensión, dispersa en amplios territorios (17 regiones en los Países Bajos), sin un eje central de choque y es complementada con operaciones psicológicas, de propaganda, operaciones de promoción de bienestar social, negociaciones políticas que concurren con choques armados. Se trata de “ganar el corazón y la mente” de la población de las regiones sublevadas de manera que una mayoría de los adherentes locales se encargue de aislar a los insurgentes.

Ganar o mantener la lealtad a España se hizo imposible ante la conducta de tropas españolas sobreideologizadas que, sin más, consideraban la población de los Países Bajos como herejes protestantes contra quienes, con displicencia y fanfarronería, se podía cometer atrocidades, ultrajes y despojos (Parker 1972). Apremiados, además, por el hambre y la desesperación, los amotinados organizaban sistemas de extorsión regional por el que obligaban a ciudades, pueblos y aldeas a entregar dinero, alimentos, animales, alojamiento, servicios y mujeres. A pocas décadas de la intervención en los Países Bajos se formó una densa, irascible e intransigente hispanofobia que a nivel político, psicológico y propagandístico indicaba que los Habsburgo habían perdido la guerra y que ésta continuaría sólo por la inercia de un aparato burocrático difícil de detener en sus propósitos, para quien la guerra era una industria lucrativa y porque la monarquía rehusaba desprestigiarse con una derrota.

El protocolo de negociaciones de los amotinados en Flandes con el alto mando quebró la disciplina del ejército. El interés de los altos mandos era retornar a los soldados

cuanto antes a las tareas designadas. Por ello, la autoridad militar intentaba ganarse a los amotinados dándoles por un corto tiempo excelentes condiciones de vida --buen alojamiento, comida superior a la norma, trato respetuoso, promesas de no castigar a los amotinados (excepto los cabecillas, que eran cazados, asesinados o deportados); todo terminaba con el pago del total o parte de los salarios atrasados. Por tanto, los amotinados tenían incentivos para prolongar las negociaciones; éstas tenían un efecto de demostración para otras unidades. El amotinamiento se convirtió en negocio.

## PSICOSIS DE GUERRA Y EL SENTIDO DE LA LITERATURA EN CERVANTES

¿Cómo puede organizarse una existencia productiva, según el ideal humanista, de modo que las personas concreten sus mejores disposiciones para contribuir a la sociedad, en medio de un orden político generador de escasez extrema, que quita incentivos a la industriosisidad de sus miembros más educados, orden social orientado hacia la guerra total permanente, hacia la autodestrucción sistemática de su base material, con una autoridad gubernamental que se comporta como mafia y promueve comportamientos mafiosos, que se justifica y legitima como campeona de la fe verdadera? La pregunta desnuda una gigantesca hipocresía histórica.

Desde la época actual, en que se reconoce la gravitación política internacional de los Derechos Humanos proclamados por las Naciones Unidas, ¿es válido aplicar esta pregunta a un período de dislocaciones sociales tan traumáticas y de tal corrupción ética hablando del valor de *una existencia productiva, según el ideal humanista, de modo que las personas concreten sus mejores disposiciones para contribuir a la sociedad?* Dudar sobre la aplicabilidad de la cuestión abre los ojos a la alienación extrema de ese orden social frente a la única utopía restante de la Modernidad iniciada en la época de Cervantes, la de los Derechos Humanos.

Para un joven como Cervantes, nacido en 1547, se abrían sólo tres opciones – ordenarse en la Iglesia Católica, servir en la burocracia estatal o en las fuerzas armadas. En cualquier caso, antes de que esto ocurriera, Cervantes fue un joven de cuestionable rango social, de una familia pobre, en bancarrota constante, desocupado y a la deriva, sin educación universitaria, sin medios conocidos de sustento, probablemente dedicado al juego y con contactos criminales, ser disponible, dispuesto a acogerse a la protección

mafiosa de algún potentado, servirlo y sacar provecho de las conexiones que pudiera hacer a través de él.

En la familia de Cervantes ya había antecedentes de este tipo conexión (Canavaggio). Juan de Cervantes, nacido en 1470, abuelo de Miguel, había estudiado leyes en Salamanca y se había asegurado un puesto de juez menor (teniente de corregidor), protegido por el duque de Sessa y, más tarde, por Diego Hurtado de Mendoza, duque del Infantado. Se hizo conocido por el maltrato que daba a sus subordinados y por los latrocinios que cometió en su corregimiento. Pero, por sobre todo, a comienzos de la década de 1530 se hizo conocido por haber estafado a los hijos del duque del Infantado transfiriendo buena parte de la fortuna del padre a la esposa del duque, una mujer joven con quien se había casado en los últimos años de su vejez, quizás ya senil y sin discernimiento. Por ello Juan de Cervantes fue brevemente a la cárcel. La estafa pareció darle buenos réditos puesto que, de allí en adelante, todavía ocupando su cargo a pesar de su felonía, tuvo una vida de opulencia ostentosa, fuera de lo común en su estatus social. Juan de Cervantes alcanzó el pináculo de su carrera como abogado de la Inquisición. En 1538 abandonó a su esposa y a sus hijos, dejándolos en la miseria.

En este período no sólo el abuelo Juan de Cervantes es paradigma de conducta para la familia. También está su hija María, tía de Miguel de Cervantes, quien se había amancebado con uno de los hijos del duque del Infantado. Luego de romper con él por el pleito de los hijos del duque contra su padre, María obtuvo una compensación alegando haber sido virgen y haber sido preñada por el hijo del duque y luego abandonada. En un acto de arribismo, después de este incidente María tomó el nombre María Mendoza para quedar asociada con la genealogía de un noble de alcurnia. Más adelante, las hermanas de Miguel de Cervantes, Andrea, Luisa y Magdalena obtendrían buenos réditos –y ayudarían a su familia— amancebándose con comerciantes italianos, especuladores y nobles de notoriedad. Constanza, hija de Andrea, haría lo mismo.

Fuera de cargar con el baldón de ser hijo de un barbero-cirujano, sordo por lo demás, de una familia en constante bancarrota, de un supuesto estatus de hidalguía nunca comprobado, Miguel de Cervantes también cargó con la sospecha de ser judío converso. El régimen de Felipe II usó esta clasificación para excluirlos de cargos de importancia en la administración pública. Por sus nexos financieros internacionales y sus especulaciones

monetarias, se consideraba a los conversos como riesgo para la seguridad del Estado. Sin embargo, podían sobornar a los notarios para conseguir certificados de pureza de sangre y de antecedentes de probidad personal y familiar. Cervantes nunca completó sus estudios universitarios, otro factor excluyente.

Escapando de la ley por un cuasi asesinato en una pendencia, en 1569 Cervantes fue a parar a Roma con una carta de recomendación del duque de Sessa, patrocinador de su abuelo. Para ocupar el cargo de mayordomo en la casa del patricio romano Acquaviva, ungido cardenal a los veintitrés años, Cervantes presentó un certificado notarial falsificado en España por su hermano Rodrigo, un alguacil amigo de la familia y dos comerciantes italianos socios de su padre. El certificado hacía énfasis en su pureza de sangre, no mencionaba el crimen por el que había escapado de España y falsamente le atribuyó servicio militar a partir de 1568. Su servicio para Acquaviva fue breve pero suficiente para conectarse con militares de rango. En 1570 se enroló en el ejército español como arcabucero.

Como soldado de choque Cervantes sirvió cuatro años en Italia bajo el mando de don Juan de Austria, hermano bastardo de Felipe II. En la batalla de Lepanto (1571) recibió tres balazos, dos en el pecho, el tercero le destruyó la mano izquierda. Por su heroísmo fue distinguido con la categoría de “soldado aventajado”, recibiendo una bonificación especial. A pesar de su debilidad, en 1572 participó en la expedición contra Navarino. También bajo el mando de don Juan de Austria, en 1573 participó en las expediciones contra Túnez, la fortaleza La Goleta y Biserta para controlar la piratería berberisca, recibiendo nuevas bonificaciones.

Según los usos militares de la época (Parker 1972), los hidalgos enrolados, a quienes se llamaba “particulares”, recibían consideraciones especiales del alto mando puesto que los más destacados por su coraje y habilidad guerrera, llamados “soldados aventajados”, eran nombrados oficiales de rangos bajos y medios –alférez (tenientes), capitanes y maestros de campo (mayores). Por su intelecto superior a la soldadesca originada entre vagos, campesinos y criminales, la oficialidad superior (coroneles, generales) incluía a estos particulares aventajados en su círculo personal.

Por lo que implica para una lectura militar de *Don Quijote*, conviene detenerse en lo que don Juan de Austria significó como crítico de la gran estrategia imperial de Felipe II

(Petrie; Mulhacén; Kamen). Además de la experiencia directa de Cervantes en cuanto a la seriedad de los problemas estatales para el mantenimiento de las tropas, a través de su relación con el círculo personal de don Juan de Austria sin duda Cervantes adquirió una visión totalizadora y crítica de la gran estrategia de Felipe II. Veremos que esa capacidad totalizadora de la realidad histórica del momento es de importancia para el entendimiento de *Don Quijote*.

En su ideologismo ultracatólico Felipe II enfatizó una recalcitrante política internacional de destrucción de las herejías protestantes y de la amenaza musulmana montando campañas militares intermitentes, sin llegar hasta sus últimas consecuencias. Por su altísimo costo, estas campañas no podían ser frecuentes. Así es como, luego de la victoria de Lepanto, a don Juan se le impidió continuar hasta destruir las fuerzas musulmanas en su totalidad. Don Juan propiciaba, más bien, tres aproximaciones para evitar el colosal dispendio de recursos –en Noráfrica abogaba por establecer una base geopolítica permanente en Túnez, un reino encabezado por él mismo, que permitiera el control de los corsarios berberiscos a largo plazo y, en el momento apropiado, la destrucción de Argel, su principal base. En cuanto al norte de Europa, en los Países Bajos, abogaba por separar lo político de lo ideológico para así evitar la obligatoriedad de una guerra a muerte contra los protestantes, permitiendo un acuerdo político razonable por el que los insurgentes se reconocerían súbditos de los Habsburgo, participarían en el gobierno y se les permitiría practicar su protestantismo, comprometiéndose, sin embargo, a reconocer la primacía de la religión católica. Reconociendo que la principal incitación para la insurgencia en los Países Bajos provenía de Inglaterra, don Juan de Austria proponía asegurar una paz a largo plazo restaurando las buenas relaciones anteriores al ideologismo de Felipe II con la negociación bien de un matrimonio entre don Juan e Isabel de Inglaterra, figura política de gran pragmatismo, o con María Tudor de Escocia, católica, prisionera entonces de Isabel.

Don Juan de Austria murió sorpresivamente en octubre 1, 1578, envenenado a instancias de Antonio Pérez, favorito de Felipe II, opositor de las propuestas estratégicas de don Juan.

Ante la evidencia de que el Mediterráneo perdía énfasis en la política imperial, reduciéndose, por tanto, las posibilidades de avance en su carrera, en 1575 Cervantes se



alejó del aparato militar de don Juan en Nápoles, embarcándose hacia España. Sus antecedentes militares y una buena carta de recomendación del duque de Sessa quizás le permitirían conseguir un cargo permanente en la administración estatal. Otra carta de don Juan de Austria avalaba su expectativa de conseguir la capitanía de un contingente con que podría reintegrarse al ejército de don Juan en Italia.

La nave en que viajaba fue capturada por corsarios berberiscos en la costa de Cataluña. Cervantes y su hermano menor, Rodrigo, llegaron a Argel y fueron vendidos como esclavos. El proyecto de una vida provechosa en España quedó súbitamente clausurado.

El cautiverio de Cervantes en Argel duró cinco años y un mes, período en que se comportó, en general, de acuerdo con las más antiguas tradiciones éticas de conducta profesional de militares capturados por el enemigo (U.S. Army Pamphlet 360-512) –no entregarse voluntariamente; resistir durante el período de prisión; escapar; mantenerse fiel a las ideologías oficiales del Estado; ser leal a los compañeros de prisión. A su vez, el Estado queda comprometido a prestar a los prisioneros toda ayuda posible y a nunca abandonarlos, compromiso que Felipe II rara vez cumplió (Parker 1972); nunca favoreció a Cervantes.

En el momento de su captura los cautivos sufrían serios quebrantos emocionales, buscando el suicidio o, en su desesperación suprema, entrando en períodos depresivos catatónicos de total abandono de sí mismos. Jurídicamente, en Argel los esclavos cautivos eran considerados “cuerpos muertos” (Garcés); subjetivamente esto correspondía con el abandono catatónico de sí mismos de muchos prisioneros. Cervantes optó por la resistencia. Rehusó convertirse al islamismo a pesar de las ventajas que habría ganado por considerársele prisionero de notoriedad. Fue activista de los comités de resistencia y apoyo psicológico formados por prisioneros notables, sacerdotes, monjes, magistrados, caballeros y oficiales. Tuvo extraordinario permiso para moverse por Argel y contactarse con otros cautivos, renegados y comerciantes extranjeros. Perteneció a grupos de literatos que se leían y se comentaban sus poemas. Estos grupos sirvieron de apoyo psíquico y los poemas, religiosos en su mayoría, sirvieron de consuelo y refuerzo espiritual (Garcés).

Entre 1576 y 1579 Cervantes organizó dos escapatorias por tierra hacia Orán y dos escapatorias por mar, una de ellas dirigida por su hermano Rodrigo desde Cataluña. Además de la complejidad de los contactos externos para las fugas, éstas incluyeron entre 6 a 60 cautivos, lo que requirió una gran organización política y logística. Luego del fracaso de

todas ellas, Cervantes se arrogó la responsabilidad total del delito para proteger a las personas comprometidas. A pesar de que la pena de muerte era indefectible para los intentos de fuga, en cada ocasión se le perdonó la vida pero fue torturado, aherrojado, sometido a falsas ejecuciones y puesto en encierro solitario por lo menos once meses.

En sus actividades de resistencia los prisioneros necesitaron obtener privilegios de las autoridades de las prisiones para camuflarlas, adormilar la atención de los vigilantes y asegurar tanto los instrumentos como el tiempo libre necesarios para planear la resistencia y llevarla a cabo subrepticamente. Esto implicaba conectarse, de algún modo, con la política turco-berberisca interna y explotar sus rivalidades y conflictos. Esta política estaba fuertemente marcada por las riñas y los favoritismos homosexuales y la bisexualidad (Garcés). Canavaggio muestra que las estrategias usadas en Argel abrieron pugnas entre los grupos de cautivos. En cuanto a Cervantes, al parecer su estrategia fue doble –en contravención de todo código de ética militar, sirvió de informante contra grupos rivales de cautivos; también cultivó una relación homosexual con Hasan Pachá que le dio el tiempo libre para su activismo y lo eximió de la pena de muerte después de los intentos de fuga. Canavaggio sugiere que la experiencia de este arreglo homosexual influyó sobre el comportamiento sexual de Cervantes en España, después de recuperada su libertad (p. 94).

María Antonia Garcés muestra que el rescate y la liberación de los cautivos causaba disturbios mentales tan serios como los de la captura: “Los sentimientos de dicha quedan usualmente entumecidos por el shock de estar vivos y libres nuevamente. Pasmados por sus terribles experiencias, los prisioneros liberados son incapaces de sentir alegría ante la brumadora noticia de su liberación. Muchos días y tal vez semanas pasarán antes de que el ex cautivo advierta que él o ella está realmente vivo y finalmente, libre [...] aunque pueda pensarse que un secuestro o período de cautiverio termina cuando el secuestrado o secuestrada vuelve a casa –retorno celebrado por una reunión familiar, quizás por una cena especial, y mucha alegría— ‘en realidad, la mente de la persona secuestrada sigue estando secuestrada por un largo período de tiempo’” (pp.198-9). El retorno de Cervantes fue complicado cuando en octubre de 1580, Juan Blanco de Paz, comisionado de la Inquisición, cautivo rival de Cervantes en Argel, montó un sumario oficial sobre la homosexualidad de Cervantes, en el que fue exonerado (Canavaggio, p. 95).

La exoneración se basó en un documento notariado, titulado *Información de Argel*,

que Cervantes presentó para certificar que su conducta en el cautiverio había correspondido a las exigencias éticas de la ideología imperial. Este tipo de documento era requisito burocrático para la reintegración a España (Garcés). Correspondía a las respuestas a veinticinco preguntas formuladas por Cervantes en preparación a su partida de Argel, suministradas por un fraile trinitario negociador de rescates a doce testigos favorables. Obviamente, las respuestas de testigos especialmente seleccionados no podían estar orientadas a mostrar sin más la verdad de los hechos; sin duda harían énfasis en los aspectos positivos de su carácter, de su conducta, estrechamente relacionados con lo militar.

Se trata, por tanto, de un Cervantes preocupado de modular su imagen pública. Para ello, en este momento exalta su personalidad como militar. Más tarde buscará integrar lo literario. La literatura asumirá una función terapéutica desde la que intentará equilibrar el sentido de la historia de la época entendiéndola críticamente en relación con las penurias físicas y espirituales sufridas en su carrera y el caos social de España. Habrá que explorar el modo en que gravitan, además, todas aquellas claudicaciones éticas en que Cervantes incurrió en España, las que a primera vista quedan difusas u ocultas en la literatura biográfica.

Para ello es de máxima importancia considerar que, luego de Lepanto, durante su cautiverio en Argel y su retorno a España, Cervantes fue una persona profundamente traumatizada, aquejada por una psicosis de guerra.

Ya estaba seriamente debilitado por fiebres nunca identificadas en términos médicos modernos en el momento de entrar en combate en Lepanto; recibió dos balazos en el pecho y perdió la mano izquierda; recibió los cuidados médicos de la época en Mesina, en hospitales ya entonces considerados como pocilgas insalubres; entró en servicio activo nuevamente un año después –con pocas probabilidades de haberse recuperado del todo-- y combatió en Navarino y Noráfrica el año siguiente (1573), volviendo, por tanto, a las condiciones infestas de las naves de combate; en el cautiverio de Argel fue torturado, aislado por largos períodos y vivió bajo la posibilidad de muerte por sus actividades de resistencia; dado su profundo orgullo por sus servicios militares, sin duda se sintió traicionado por una autoridad real nunca preocupada por liberarlo; aunque su arreglo homosexual con Hasan Pachá haya sido nada más que un oportunismo instrumental común

en la vida en prisión, sin duda le causó un cuestionamiento íntimo, quizás descubriendo en sí un bisexualismo antes ignorado, que tendría proyecciones futuras; en todo caso, el conocimiento público de esta relación homosexual se agregaría a la mancha de su origen de judío converso; por último, su llegada a España en 1580 haría del todo concreta la significación para su carrera de la muerte de don Juan de Austria en 1578, de la que ya habría tenido noticias en Argel.

Cervantes padeció de un síndrome de tensiones postraumáticas iniciado por la extrema debilidad en que entró en combate en Lepanto, la violencia del combate, las heridas y la mutilación. El trauma se traduce en el recuerdo y persistencia indeseada e incontrolable de imágenes asociadas con los hechos traumáticos --ya sea en vigilia o en sueños extraordinariamente apremiantes--, imágenes gatilladas por algún suceso de la cotidianeidad, especialmente en los aniversarios de los sucesos traumáticos o por asociación con contingencias relevantes de la cotidianeidad o de la política nacional (Martín-Baró; CODEPU). María Antonia Garcés ha llamado la atención sobre la recurrencia de las imágenes del período más traumático de Cervantes en Argel en buena parte de su obra.

Los afectados equilibran su comportamiento diario “enquistando” estas imágenes, es decir, relegándolas a una zona de olvido en el inconsciente y a aislándolas con una densa trama simbólica y analógica. No obstante, los contenidos de este enquistamiento gravitan sobre la conciencia con síntomas esporádicos o permanentes de miedos inexplicables, ansiedades e iras no bien enfocadas, difusas, momentos de descontrol de los sentimientos y de las acciones, resentimientos, sentimientos de total vulnerabilidad y desesperanza, culpa y remordimientos, indecisión, necesidad de escape de las circunstancias inmediatas o aislamiento, notorias ambigüedades de pensamiento y acción. Sin duda, los sucesos de la captura por los corsarios berberiscos y el cautiverio en Argel, la falta de lealtad y abandono del Estado y la Corona para con un soldado de comportamiento ejemplar y, más tarde, la pérdida de una figura protectora como don Juan de Austria agravaron los síntomas generales con el paso de los años.

Una asunción disfuncional de una mutilación recibida en combate es causante de “dolores fantasmas”, fuertes y debilitadores en una extremidad que ya no existe (Wain). Estos dolores complican aún más las tensiones traumáticas, prolongándolas indefinidamente, reforzando y acentuando la persistencia de las imágenes traumáticas.

Puesto que el cuerpo humano es el instrumento de la práctica del amor, puede que a los ojos del mutilado la extremidad perdida equivalga a un amor perdido. Ciertamente la mutilación equivale a la pérdida de habilidades y talentos que antes enorgullecían y a la pérdida de una figura corporal que permitía una aceptabilidad en diferentes espacios sociales. Sobreviene una sensación de cargar con un cuerpo y una personalidad denigradas. Se pierde la confianza tanto de mantener las relaciones humanas ya existentes, especialmente las familiares, como de cultivar relaciones nuevas. Se duda de la capacidad de atraer sexualmente, problema que en Cervantes quizás haya agravado las consecuencias psicológicas de los episodios homosexuales en Argel.

Cervantes equilibraba esta pérdida con la sobrevaloración de sus logros militares y la supuesta recompensa que debía corresponderle con el retorno a España. No obstante, esta expectativa era infundada. Ya largo tiempo antes la soldadesca retornada del extranjero había tomado una pésima imagen pública (Perry). Como cuerpo corporativo formado por cantidades de criminales, los soldados tendían a comportarse en territorio español como tropas de ocupación, extorsionando, robando y hostilizando a los ciudadanos, desconociendo e insultando a la autoridad. Su imagen pública tenía un estatus similar al de la delincuencia organizada.

La percepción de estos trastornos psíquicos y la preocupación por ellos es causa de grandes inseguridades entre los familiares del traumatizado. Ellos también llegan a sufrir ansiedades y depresiones. Cuando el traumatizado toma nota de estos efectos es frecuente que se considere a sí mismo como ser espiritualmente infesto, que infecta a quienes lo rodean. Este circuito de reacciones aumenta en el traumatizado el deseo de aislarse y de escapar de las rutinas cotidianas de la familia, del trabajo. El traumatizado tiende a retornar a actividades similares a las que condujeron al trauma o a rutinas semejantes que lo alejan de los espacios conocidos, de amigos, familiares y amantes. El traumatizado tiende a justificar su aislamiento indicando que los seres cercanos son incapaces de entender su experiencia porque no la han vivido. Este circuito específico de reacciones afectó profundamente la conducta de Cervantes en España.

Por el contrario, la superación de los efectos dislocantes del trauma no sólo demanda el apoyo permanente de personas cercanas y de un terapeuta sino también la terapia informal que le puedan dar desconocidos que compartan experiencias similares o, por lo

menos, empaticen con ellas, que escuchen en un ambiente apropiado para la comunicación espontánea, que presten atención respetuosa y solidaria, que permitan al traumatizado verbalizar gradualmente los contenidos enquistados en el inconsciente e incitar en el traumatizado sus tendencias naturales a la sanidad mental. Un componente importante de las terapias es incitar al paciente a involucrarse en las artes, la música y la literatura como vehículos de exploración de universos imaginarios que energicen emociones desvitalizadas por las ruminaciones compulsivas y agobiadoras de la depresión. En el caso de Cervantes, como autoterapia está su dedicación a la literatura, a mantener conecto con literatos y teatristas y frecuentar tabernas y casas de juego.

En la psiquiatría contemporánea, además de la ayuda formal de terapeutas, los espacios públicos son considerados para la formación de grupos de apoyo psicológico a los traumatizados, ya sea de familiares, amigos, o grupos comunitarios y religiosos. Esto surgió del concepto de rehabilitación característica del industrialismo de las últimas décadas del siglo XIX, que concebía a los individuos como capital productivo que puede reentrenarse periódicamente para volver a cumplir funciones en mejores condiciones u ocupar nuevos trabajos. Esto era impensable en la España del siglo XVI, con su colosal derroche de vidas humanas. A su retorno a España, los soldados traumatizados en las guerras imperiales eran del todo redundantes para la economía nacional. Volvieron para engrosar las multitudes de pícaros, vagos, tahúres, explotadores de prostitutas, estafadores, falsificadores y criminales en las grandes ciudades, las poblaciones de las prisiones y las bandas de asaltantes en las zonas rurales.

La asistencia terapéutica informal que personas de experiencia similar pudieran dar a traumatizados como Cervantes más bien se encontraría en lugares de reunión del mundo de los marginados, los pícaros, a los que Cervantes concurrió por su estilo de vida –plazas y cortijos de reunión de la delincuencia, tabernas, casas de juego, prostíbulos, posadas de mala muerte, corrales teatrales, hospitales, prisiones.

Dado el talento específico de Cervantes, cabe señalar que el gran valor terapéutico de la literatura está en incitar a la persona traumatizada a que exteriorice y reflexione sobre el sentido de las experiencias que la afectan. El individuo tiene la oportunidad de reflexionar sistemáticamente sobre la secuencia y relevancia de los sucesos que provocaron el trauma y la pertinencia de los símbolos y metáforas con que los ha dotado y asociado

emocionalmente. Recuperar la sanidad mental no significa que el trauma pierda gravitación en la vida de la persona. Más bien implica una elaboración imaginativa de este material de manera que el traumatizado se distancie críticamente de los sucesos y etapas de los sucesos para superar el apabullamiento emocional primero y desarrolle un discernimiento calmo en cuanto a la propiedad de las interpretaciones que ha hecho hasta entonces y reconozca alternativas interpretativas que le permitan continuar con una paz razonable sus relaciones personales y la productividad de sus talentos, sin las alteraciones patológicas de la conducta que lo han afectado hasta entonces.

En los datos biográficos que aportan Canavaggio y Garcés hay evidencia de todo esto. En un período de cinco años después de su retorno del cautiverio, Cervantes se preocupó especialmente de la poesía pastoril y del teatro. Esto lo llevó a la composición de *La Galatea*. Ya en su formato estructural –la selección de un lugar ameno en la naturaleza para que seres dolientes expresen y se comuniquen sus cuitas amorosas— la poesía pastoril implica la búsqueda de espacios públicos especiales en que las personas puedan recabar solidaridades humanas. En Cervantes la poesía pastoril podría entenderse como lamento por la carencia de una esfera pública real para exponer sensibilidades solidarias de importancia colectiva. Esto puede proyectarse a todas las obras de Cervantes.

Las dos obras teatrales conocidas de ese período, *El trato de Argel* y *El cerco de Numancia* revelan la voluntad primera de dar orden y sentido a los sucesos de su trauma.

La tensión dramática de *El trato de Argel* revisa experiencias colectivas similares a las del cautiverio de Cervantes y sus esperanzas de fuga y rescate. Se las ubica en un contexto de realismo sociológico en cuanto a la organización social de Argel y la política internacional de Felipe II. Son cuatro las progresiones dramáticas que se muestran sobre la base de este realismo –Felipe II ha traicionado a los cautivos; las familias son separadas por la venta de algún miembro como esclavo; los muchachos, quedan expuestos a la apostasía y a la homosexualidad a que los someterán sus amos; algunos cristianos están dispuestos a fingir la conversión al Islam para terminar con privaciones extremas. Dentro de este esquema sociológico se inserta un conflicto amoroso que intenta dinamizar la acción dramática de la obra.

Aunque no queda claramente explicitado, la mayor esperanza de liberación de los cautivos estaba en los rumores de una gran expedición de Felipe II contra Argel. No

obstante, la expedición había sido montada para que el rey asumiera la monarquía de Portugal. A través del personaje de apellido Saavedra, desde las primeras escenas hay una crítica a la indecisión de Felipe II en cuanto al imperativo de destruir el poder de los corsarios bereberes. Esto contrastaba con la resolución que había tenido su padre, Carlos V, que en 1541 había lanzado una expedición, aunque fracasada. Más adelante (Jornada Tercera) se expresa un lamento por la muerte de don Juan de Austria e, indirectamente, el fin de su proyecto político y el empantanamiento de España en las guerras de los Países Bajos.

Mientras tanto, los cautivos sufren terribles tormentos en Argel. Hay, por tanto, una denuncia de Felipe II en cuanto no cumple el compromiso fundamental del Estado en la ética militar –hacer todo lo posible en ayuda de sus soldados capturados por el enemigo. La acusación es extremadamente grave –tácitamente se culpa a Felipe II de traición. Sólo Dios ampara a los cautivos, como lo sugiere el incidente del león que guía a un prófugo hacia Orán. La traición de Felipe II pende como destino trágico sobre los personajes. Pero en medio de su indefensión, en un esquema de contradicciones, éstos muestran la tendencia normal de los humanos a la solidaridad en el amor –Zahara, musulmana esposa de Ysuf, español renegado, está perdidamente enamorada de Aurelio, cautivo cristiano de propiedad de Ysuf. Aurelio lamenta la separación de su esposa Silvia por la captura ocurrida inmediatamente después de su matrimonio, sin saber que Ysuf ha comprado a Silvia y está perdidamente enamorado de su belleza. Sin saber el nombre de esta esclava recién comprada, Aurelio busca congraciarse con su amo dando su palabra a Ysuf de que hará todo lo posible por convencer a Silvia de que se entregue. A su vez, para congraciarse con Zahara, Silvia se compromete a convencer a Aurelio de que ceda.

El amor entre amos y cautivos supera la relación de seres humanos como “cosas muertas”. No obstante, la solidaridad humana resulta improcedente por la inflexibilidad del ultracatolicismo imperial que no considera que la insatisfacción de las necesidades materiales y espirituales más fundamentales denigra a las personas. Esto obliga a los prisioneros españoles a terribles sacrificios para no ser sospechados de apostasía. La obra termina con un evidente insulto a Felipe II –la magnanimidad que finalmente protege el amor, el de Aurelio y Silvia, resulta ser el capricho de Hasan Pachá, quien se los compra a Ysuf y los libera para que vuelvan a España en un barco que viaja a Argel con frailes dedicados al rescate de cautivos.



Queda validada la suposición de Canavaggio en cuanto a que, mediante un esquema estético, Cervantes transporta su experiencia personal hacia una crítica de la política internacional de Felipe II. Según Canavaggio, Cervantes es el único dramaturgo del momento que selecciona elementos de su experiencia personal para conectarlos directamente con una evaluación de la política imperial. Se podría agregar que esto llega al extremo en que los factores históricos externos son más importantes para la inteligibilidad del texto que las relaciones simbólicas internas. La acción dramática de *El trato de Argel* carece de ilación, más bien parece un catálogo de frustraciones y denuncias que hacen cuestionable su teatralidad práctica. Según la perspectiva que propongo, el trauma todavía no del todo elaborado por Cervantes parece ser lo que dificulta una visión más clara de la conexión estética de la experiencia personal con la historia española del momento.

Por el contrario, en *El cerco de Numancia*, se plantea una desconstrucción radical de la ideología imperial, correlato de una mayor sanidad mental en Cervantes.

La historia de Numancia como suicidio colectivo de toda una comunidad de miles de personas en 133 a.c. se convirtió en mito de exaltación del derecho a la libertad de los pueblos. No es difícil asociar este mito con el “dulce et decorum est pro patria mori”, amor sublime a la patria según un nacionalismo intransigente. No obstante, como hecho sociológico, el suicidio ha sido considerado como una forma de patología social –una anomia-- por la que los individuos terminan con sus vidas ante el colapso de las normas rectoras de la conducta colectiva (Durkheim; Merton). Por ello es que los códigos de conducta militar en primera instancia condenan el suicidio como una forma de desertión ante el enemigo. El prisionero debe conservar la vida para continuar la lucha, obligando al enemigo a consumir recursos y usar personal en la custodia que de otra manera serían usados contra las fuerzas propias.

Explorar la dimensión anómica del mito de Numancia es lo que permite conectar directamente la situación personal de Cervantes con su propuesta política a través de una supuesta tragedia. Como se sabe, el suicidio es frecuente en las personas que sufren de depresión. Sin duda esta ideación habrá afectado al autor como para elevar, a través de una obra dramática, una situación límite existencial a la categoría de problema estético.

En *El cerco de Numancia* el desconstruccionismo radical de Cervantes está en el desacoplamiento de los intereses imperiales de los Habsburgo (el Sacro Imperio Romano)

de los intereses específicos de España como nación. Como ya observara en una sección anterior, la coincidencia en una inflexibilidad ultracatólica fue como esa dinastía enganchó a España en su gran estrategia imperial catastrófica. En la obra de Cervantes Numancia es España, nación al parecer admirable porque prefiere suicidarse colectivamente antes que someterse al imperio (romano).

La obra puede dividirse en dos unidades de significación. La primera –Jornadas Primera y Segunda-- expone el enfrentamiento de lideratos políticos de profunda inflexibilidad ideológica, incapaces de negociar un acomodamiento mutuo. Cipión, el general romano, confunde los problemas acarreados por la alarmante relajación de la disciplina de su tropa con su deber y misión como diplomata-militar encargado de negociar la integridad territorial del imperio romano y la productividad de sus colonias. El alcohol y los excesos sexuales han debilitado la disciplina y combatividad de sus tropas. Esto lleva a Cipión a corregir la situación con una demanda de simplismo absurdo que, al endurecerse, hará que el combate sea inevitable –los numancios deben rendirse de inmediato o ser destruidos. Con su demanda Cipión deja de lado, caprichosamente, dos imperativos militares --por una parte, en términos estratégicos generales la guerra es recurso de instancia última; debe predominar la diplomacia como solución de conflictos. Por otra, es un dato histórico que la política de Roma buscaba precisamente el predominio de la diplomacia asegurando la sumisión y lealtad de los pueblos que integraba al imperio, dándoles garantías de prosperidad y grandes honores y riquezas a sus líderes (Luttwak). Cipión comete la negligencia extrema de liquidar todo un habitat humano innecesariamente, toda una fuerza de trabajo utilizable a largo plazo y todo un entorno productivo simplemente por arrogancia y por terminar con un problema de disciplina militar entre sus tropas, solucionable por otros medios. No obstante, en términos militares, a su modo Cipión revela un humanitarismo por cuanto el asedio a Numancia con que amenaza hambrear a la población sirve a ésta como incentivo para terminar las hostilidades prontamente, ahorrando muertes y destrucciones innecesarias.

Los negociadores numancios, por su parte, padecen de una inflexibilidad ideológica de insanía similar a la romana cuando aceptan precisamente la dualidad simplista de Cipión. La diferencia está en que el liderato numancio, con una arrogancia insana, es el que elige destruir a su pueblo por mano propia, en un enfrentamiento desproporcionado que nunca

debió darse --3.000 soldados numancios contra una fuerza romana de 80.000.

La segunda unidad de significación de *El cerco de Numancia* –Jornadas Tercera y Cuarta– hace énfasis especial en las opciones equivocadas que los numancios ven ante una situación desesperada. Estas opciones bien denigran a las personas o su costo las hace disfuncionales. En esta segunda unidad Cervantes desconstruye el mito nacionalista de Numancia.

El Senado numancio ordena que prisioneros romanos sean descuartizados para alimentar a la población. Madres se mutilan para alimentar a sus hijos. Padres asesinan a su familia para evitarles mayores sufrimientos. Para alimentar a una mujer amada, en la incursión a un campamento romano amigos se sacrifican inútilmente para robar mendrugos de pan incomibles porque han absorbido sangre. Los seres humanos retroceden a estadios de animalidad supuestamente superados hace miles de años. Pero, por sobre todo, esta segunda unidad comprueba una sospecha ineludible --no hay lógica social que permita aceptar que todo un pueblo tenga tal cohesión ideológica como para atentar contra uno de los impulsos fundamentales de toda especie, conservar la vida. Tampoco corresponde al criterio de necesidad militar que prohíbe la destrucción innecesaria de recursos materiales y humanos. Descubrimos que son los esbirros del Estado bajo órdenes del Senado numancio los que perpetran la masacre, cazando a personas que escapan enloquecidas. Esto expone un hecho oculto en la mitificación nacionalista de Numancia –el gobierno de la ciudad es una dictadura tan inhumana como la de Hitler en los días finales de la derrota del Tercer Reich.

La segunda unidad de *El cerco de Numancia* sugiere, además, una relación complementaria entre el escenario y los espectadores en el teatro de la época, si es que la obra fue representada. Ese registro de opciones de los numancios ante el asedio romano no podía sino generar discusiones en el público. ¿Fueron explotadas por activistas disidentes?

Así expuesto el conflicto dramático de *El cerco de Numancia*, los términos analógicos con la gran estrategia imperial de los Habsburgos son evidentes –España se ha autodestruido al quedar enganchada a la inflexibilidad ideológica de la gran estrategia imperial de Felipe II. Arrastrada por una inflexibilidad ideológica similar, España careció de un liderato nacional capaz de limitar pragmáticamente el costo de la unión al proyecto imperial. Sin duda en esto hay ecos de la crítica de don Juan de Austria a la política

internacional de Felipe II.

Según la interpretación que propongo, *El cerco de Numancia* ya no puede entenderse como tragedia, sino como *parodia de tragedia*. Esto roba de toda magnificencia al drama de la decadencia de España. El drama queda reducido simplemente a un asunto de desorientación, de disfuncionalidad ideológica e incompetencia burocrática de la autoridad imperial. Aquí reside el sentido del suicidio como temática del colapso de las normas ideológicas imperantes. Creo que con esto ya tenemos las claves fundamentales para una lectura militar de *Don Quijote*. No obstante, estimo necesario acopiar más datos biográficos en cuanto a la continuidad de la psicosis de guerra de Cervantes.

Además de ese episodio de creatividad teatral, también entre 1580-1585 Cervantes entró en una seria depresión. A poco de su vuelta a España Cervantes descubrió el escaso valor que tenía su servicio militar. No logró una entrevista con Felipe II, se le negó su petición de un cargo permanente en América o España; a lo sumo consiguió una corta comisión de servicio en Orán entre mayo y junio de 1581. Sus padres estaban separados y en la miseria. Su padre, Rodrigo, padecía evidentes síntomas de depresión. Sus hermanas Andrea, Luisa y Magdalena continuaban explotando su semi-prostitución. Cervantes no podía darles la ayuda que merecían por su esfuerzos para rescatarlo de Argel. Instalado en Madrid, durante 1583 hizo contactos psicológicamente compensatorios con poetas líricos de notoriedad – Pedro Laínez, Gálvez de Montalvo, Pedro de Padilla, Juan Rufo, Luis de Vargas Manrique, Gabriel López de Maldonado, Lucas Gracián Dantisco. Con ellos vivió una intensa bohemia de la que resultó una relación adúltera iniciada en 1584 con Ana Franca, mujer casada, dueña de una taberna. Fue una relación que en la época merecía la pena de muerte (Perry). Cervantes no se preocupó de mantenerla, aunque de ella nació una hija, Isabel, por largo tiempo no reconocida, quien adoptó el apellido Saavedra.

Bajo el estímulo de su círculo literario Cervantes escribió la primera parte de *La Galatea*. En 1584 firmó contrato de publicación y la obra apareció en 1585. También en 1585 firmó un contrato para escribir dramas que nunca entregó. De este período sólo quedan los textos de *El trato de Argel* y *El cerco de Numancia*.

La creatividad literaria, la intuición ya más certera del sentido de la historia de España y el reconocimiento intelectual de sus pares dan a entender que Cervantes se acercaba a un equilibrio de su situación psicológica. Esto parece confirmarse con el matrimonio pactado

en 1584 en Esquivias con Catalina de Palacios, hija de una familia de judíos conversos, mujer de veinte años que conociera durante su relación con Ana Franca. Catalina era viuda reciente, madre de dos niños, heredera de casas y tierras cargadas de deudas. El matrimonio fue un trato doloso en que el padre de Catalina ocultó las deudas y Cervantes ostentó un falso potencial de bienestar como guerrero de fama reconocida. En Esquivias, ciudad con un tercio de habitantes hidalgos, a diez leguas de Madrid, quizás Cervantes encontraría la comodidad, la vida social y la paz para reponer su salud y escribir.

Sin embargo, agobiaron a Cervantes el tedio de las rutinas diarias y el manejo de las deudas del patrimonio matrimonial y de la familia Palacios. Su padre murió en 1585, deprimido y en la miseria. Cervantes dejó de escribir sostenidamente, sólo produjo tres sonetos publicados en 1587. Comenzó a alejarse del hogar para estar en Madrid con sus amigos literatos, libreros y actores y continuar las francachelas. No mostró deseos de paternidad. Más tarde extendió la distancia de sus viajes con excursiones de negocios no aclarados a Toledo y luego a Sevilla. Dados los antecedentes de Cervantes, se trata de escapatorias atribuibles a un ciclo depresivo.

Después de veintiocho meses de cohabitación inconstante con su esposa, Cervantes se instaló definitivamente en Sevilla en 1587. Según Canavaggio, Cervantes cedió ante “sus ansiedades, sus demonios” (p. 140). Cervantes se trasladó a Sevilla para aprovechar la decisión de Felipe II en cuanto a invadir a Inglaterra. Para ello se formaría la Gran Armada. En abril de 1587 el rey nombró comisionado general a Antonio de Guevara, miembro de su Consejo de Gobierno, para reunir los recursos financieros, los pertrechos militares y las vituallas necesarias para la invasión. Guevara ordenó a su ayudante Diego de Valdivia que instalara cuarteles en Sevilla para estos propósitos y reclutara a la multitud de comisionados secundarios para los procuramientos necesarios. Cervantes fue contratado por la mafia de Guevara según los acostumbrados pagos dolosos del Estado –viáticos muy pequeños, apenas para mantener a los individuos en funciones (no pagados si se podía evitar), con la promesa (incierta) de pagos periódicos del grueso de las sumas inicialmente contratadas. Así Cervantes retornó a un modo de vida similar al de sus años de soldado en Italia –una vida desordenada y despreocupada en cuanto a residencia, rutinas diarias, relaciones familiares y amorosas, viajes frecuentes de por lo menos ocho o nueve leguas diarias a través de Andalucía y luego de la Mancha. Finalmente sus antecedentes militares se hacían

funcionales puesto que las comisiones de procuramiento eran trabajo peligroso. Hay una ironía extrema en su nuevo trabajo –el heroísmo que demostrara en combate contra los otomanos ahora es empleado en una especie de guerra interna en España para extorsionar a empresarios y agricultores.

Cervantes trabajó siete años como procurador de alimentos para el aparato militar español. Así pudo atestiguar de primera mano la colosal incompetencia y arbitrariedad de la burocracia estatal no sólo en el procuramiento sino también en el mal almacenamiento de lo requisado, causante de pérdidas gigantescas, y en la entrega fraudulenta de alimentos a los barcos y a las tropas (Canavaggio, p. 148; p. 150). Como comisionado mal y rara vez pagado, Cervantes tuvo que servir crasamente de extorsionador de agricultores que por sus productos recibían sólo notas promisorias de pago futuro cuando ya en ocasiones anteriores habían sido obligados a recibir otras notas promisorias todavía impagas. Cervantes actuaba solo en la identificación y ubicación de los alimentos requisables, sin duda usando a espías pagados, y echando mano de la fuerza pública para forzar las entregas. Cervantes quedó expuesto a toda clase de peligros y acusaciones ante una justicia orientada por la Corona a desconfiar de todo funcionario encargado de recaudos y pagos fiscales.

La situación del comisionado Cervantes –mal y rara vez pagado, en peligro constante, sin duda obligado a pagos a la mafia de Guevara-- no podía sino predisponerlo al latrocinio administrativo. En Ecijas –lugar en que tuvo las mayores resistencias y la acusación judicial más dañina-- llegó a un acuerdo con los agricultores para requisarles sólo la mitad del cupo que les correspondía. En una torpe maniobra que Cervantes, extrañamente, aceptó, los agricultores lo comisionaron privadamente para que recolectara los impuestos que ellos mismos debían a la Tesorería.

En 1590 se inició una investigación de los manejos del comisionado general Antonio de Guevara por sospecha de ganancias ilícitas, sumario que afectó a toda su mafia. Los tratos de Cervantes fueron cuestionados. Guevara murió en septiembre de 1592, antes de que se conocieran los resultados de la investigación en su contra. No obstante, su asistente Benito de Meno y cuatro de sus asistentes fueron ejecutados. Cervantes fue brevemente encarcelado y liberado por intervención de Pedro de Insunza, reemplazante de Antonio de Guevara como comisionado general, quien, a su vez, también fue sumariado. La mafia de Guevara fue clausurada definitivamente en 1594 y Cervantes quedó desempleado. Leonor,

su madre, quien más esfuerzos había hecho por rescatarlo de Argel, murió ese mismo año.

Desempleado, Cervantes volvió a Madrid, no a su esposa en Esquivias. En octubre recibió otra comisión de riesgo --cobrar 2.000.000 de maravedíes en impuestos atrasados en Granada y sus alrededores. Simón Freire, banquero sevillano a quien entregó en resguardo 130.000 maravedíes luego de meses de trabajo de recolección resultó ser un riesgo imprevisto. En el momento que debía entregar esta suma a la Tesorería Real, Cervantes descubrió que Freire se había declarado en bancarrota y había escapado con una fuerte suma de depósitos. Después de meses de pleito, Cervantes recuperó el dinero, lo entregó a la Tesorería, pero no presentó el informe requerido por reglamentos. Además de esta irregularidad, sus cobros ya con anterioridad habían quedado bajo sospecha dado que el dinero provenía del pueblo Vélez Málaga, donde los deudores habían presentado evidencia de haber pagado con anterioridad a la cobranza de Cervantes. Felipe II mismo había intervenido para exigir el pago. Pero Cervantes hizo un acuerdo con los deudores para que pagaran sólo una mitad de sus deudas, 80.000 maravedíes. En 1597 el caso fue entregado a un juez que exigió el pago de la totalidad del monto que Cervantes debía recolectar en toda la región, 2.500.000 maravedíes. Cervantes fue encerrado indefinidamente en la cárcel de Sevilla. Felipe II intervino en diciembre 1 de 1597, ordenando que se lo liberara, cumplimiento que el juez caprichosamente dilató varios meses. Cervantes dejó la cárcel en abril de 1598, sin duda con contactos y conocimientos mucho más profundizados de la organización de la delincuencia española.

Según muestra Elizabeth Perry, los límites diferenciadores de la institucionalidad oficial y la criminal eran porosos, intercomunicados y complementarios. Se trataba de poderes que convivían paralelamente. El mundo de los asesinos, ladrones, prostitutas, explotadores de prostitutas, regentes de prostíbulos y de casas de juego, tahúres, falsificadores, asesinos, mendigos sin permiso de las municipalidades, vendedores callejeros, de niños vagos y ancianos abandonados, de comerciantes ocultadores y compradores/ vendedores de objetos robados estaba regulado por cofradías que implementaban estrictos códigos de pertenencia, de conducta y delimitaciones territoriales de ejercicio de un oficio criminal y entrenamiento. Configuraban una subcultura jerarquizada con gran capacidad de integración de una población redundante que nunca tendría un lugar en la economía oficial. Funcionarios de aduanas que contrabandeaban o robaban las

mercancías depositadas en sus bodegas fácilmente encontraban criminales para agenciar su distribución y venta. Nobles y comerciantes poderosos encontraban asesinos para despachar a adversarios inconvenientes. Los alguaciles cobraban parte del dinero recolectado por criminales en su zona o informaban de hogares y oficinas para ser robados. Había notarios deseosos de extender certificados llenos de datos falsos. Abogados que hacían negocios con los guardias de prisión para esquilmar a prisioneros desesperados por recuperar su libertad. Despachando documentos legales, en las prisiones letrados como Cervantes podían hacer fortunas que jamás harían en un cargo público regular y frecuentemente rehusaban abandonar las cárceles. En un territorio ambiguo entre la ley y el crimen, en las prisiones se podía encontrar los socios para las empresas más extraordinarias, cuestionables y lucrativas.

Resulta sugerente que, después de años de abandono de la literatura, Cervantes haya vuelto a escribir a partir de su prisión en Sevilla. Canavaggio indica que allí se gestó *Don Quijote*, obra que totaliza su experiencia personal en cuanto a su entendimiento paródico de la historia española y el acomodamiento estético para plasmarlo. Puede especularse que haber captado desde el interior de la delincuencia la porosidad de los límites entre el mundo oficial y el criminal haya sido el pivote de esa totalización paródica. Como veremos más adelante, es imposible que la intimidad de Cervantes con la delincuencia no haya gravitado crucialmente en su vida de allí en adelante, hasta su muerte en 1616, ya que abandonó toda expectativa de obtener un cargo burocrático regular y no tuvo medios de sustento conocidos. De vez en cuando, sin embargo, aparecía en posesión de sumas de dinero respetables. La experiencia en la prisión de Sevilla completó las lacras dejadas en su reputación por los turbios manejos de Vélez Málaga y su asociación con la mafia de Antonio de Guevara. Años después, alejado de toda comisión estatal, la justicia continuó cobrándole los fondos malversados. Por esto, en 1601 parece haber sido encarcelado otra vez.

No se sabe mucho de la vida de Cervantes entre 1600-1604. Viajó entre Madrid y Toledo. Importunado por sus deudas, en su desempleo se acercó nuevamente a su esposa Catalina, quien a la muerte de su padre y madre había recibido una herencia modesta. Hizo visitas frecuentes a Esquivias, sin duda para usar algo de la paz que años antes había abandonado para entregarse al desorden de vida y la violencia de su cargo de comisionado.



En Esquivias su situación mejoró con un pequeño legado que le dejara un cuñado. Hacia 1602 Cervantes estaba dedicado de lleno al manuscrito de *Don Quijote*. Trasladó su residencia a Madrid y luego a Valladolid cuando Felipe III mudó la Corte a esa ciudad. Allí reanudó su interés por el teatro y por los círculos literarios, conectándose con Quevedo, Góngora y Lope de Vega.

En Valladolid Cervantes se instaló con su esposa, hermanas, su hija Isabel (a quien había reconocido legalmente) y su sobrina Constanza (quien ya había adoptado la semi-prostitución de su madre, Andrea). Vivieron en un piso de una casa miserable, de pésima reputación, residencia de criminales, conocida como lugar de negocios ilegales, ubicada en Rastro de los Carneros, sección de los bajos fondos. Allí la familia de Cervantes recibía visitas de día y noche, especialmente Isabel, que causaban comentarios y murmullos entre los vecinos. Cervantes era habitué de las casas de juego y socio de especuladores conocidos en los bajos fondos por su eficiencia, Agustín Raggio, comerciante italiano, y Simón Méndez, financiero portugués de origen judío. Cervantes se había conectado con ellos en sus años de comisionado. En un inocente comentario, Canavaggio comenta que “Así vuelve a emerger todo un mundo de figuras dudosas con quien había tratado durante sus años en Andalucía, mundo que continuaba ejerciendo una extraña influencia sobre [Cervantes]” (p. 225).

El 27 de junio de 1605 un militar de notoriedad, Gaspar de Ezpeleta, hijo de una familia principal, hombre de conducta disoluta, fue asaltado y herido de gravedad en Rastro de Carneros, a corta distancia del domicilio de Cervantes. Magdalena, hermana de Cervantes lo recibió y cuidó hasta su muerte días después. Aunque la causa del homicidio podía atribuirse a un amorío adúltero de Ezpeleta con una vecina del barrio, atraído por la gran notoriedad criminal de los habitantes del edificio, el juez sumariante concentró la investigación únicamente sobre la familia de Cervantes, personalmente ocultó evidencia y no llamó a declarar a un testigo que habría podido identificar al asaltante de Ezpeleta. Ante la justicia Cervantes era un criminal de notoriedad.

No sólo Cervantes, sus mujeres y sus socios atrajeron la atención del juez; también lo atrajeron los habitantes de la casa visitados con frecuencia por los duques de Pastrana y Maqueda, individuos criminales. La investigación reveló, además, que Andrea, hermana de Cervantes, se había casado secretamente con un individuo misterioso, Santi Ambrosio, y

que, también secretamente, había enviudado (¿sin conocimiento de su familia?). El juez instructor encarceló brevemente a Cervantes, a su hija Isabel, mantenida de Simón Méndez, y a Andrea. Quedaron libres después de 48 horas, pero fueron confinados a un arresto domiciliario. Simón Méndez fue desterrado de Valladolid.

El sumario por el asesinato de Gaspar de Ezpeleta fue cerrado el 18 de julio de 1605. La primera parte de *El Quijote* apareció en 1605 y tuvo éxito inmediato.

### *DON QUIJOTE: SATIRA GNOSTICA DE LA HISTORIA DE ESPAÑA*

Con la aparición de *Don Quijote* convergen factores contradictorios en la vida de Cervantes --la expresión óptima de su talento poético; la capacidad de narrar su intuición más profunda del sentido de la historia española; el logro, por tanto, de una paz razonable ante el trauma mental que afectó su vida; la conciencia de su corrupción personal y de su familia, así como haber encontrado en la criminalidad el modo de vida más eficiente y placentero para vivir en una sociedad corrupta y destructiva; y la ironía de que su fama literaria coincide con su imagen pública de inmoralidad y criminalidad.

Comprender el modo en que esto pudo condicionar la visión de mundo en *Don Quijote* obliga al crítico literario a desempacar este haz de contradicciones sin desmembrarlas de la totalidad de sus relaciones y sin perder de vista la coexistencia simultánea de sus elementos. Soluciono este imperativo explorando la evidente matriz gnóstica con que fue estructurada la novela. En cuanto al origen de esta matriz llamo la atención sobre la obra de Bataillon en cuanto a la influencia de Erasmo en España en el siglo XVI.

En sus argumentos por la reforma de la Iglesia Católica, de su evangelio y de su liturgia, los escritos de Erasmo no sólo tuvieron aspectos afines al reformismo luterano. También fueron cercanos a las creencias de los cristianos “iluminados” de las tendencias llamadas “recogimiento” y “dejamiento”. Al describir el pensamiento, prácticas y organización en células de estos “iluminados”, así como del pensamiento de Erasmo, lo discutido por Bataillon muestra al lector avisado las grandes similitudes con el Gnosticismo, especialmente en cuanto a los “dejados”. Aún más, explica que los “iluminados” usaron algunos de los escritos de Erasmo para articular sus creencias. En su *Historia de los heterodoxos españoles* Menéndez y Pelayo no trepida en identificar a los “iluminados” como

gnósticos y traza su presencia en España a partir de los priscilianistas de Galicia en el siglo III, con una continuidad posterior al siglo XVI con los albigenses y begardos de León, Cataluña y Valencia

Los “iluminados” influyeron en las órdenes religiosas, en la jerarquía eclesiástica, en la alta nobleza y en la Corte de Carlos V. En el perfilamiento social de los “iluminados”, Bataillon llama la atención sobre la militancia de gran número de judíos conversos (como Cervantes), intelectuales, profesionales y comerciantes. La cercanía de Erasmo con el luteranismo preocupó a la Inquisición aunque no se lo enjuició. Hacia mediados del siglo XVI la Inquisición dispersó las células de “iluminados”, enjuició, encarceló, torturó, condenó y quemó a muchos de sus activistas más importantes. En esta represión la burocracia inquisitoria se caracterizó por un estricto escolasticismo.

Para los efectos del estudio de *Don Quijote* es útil la recomendación de Bataillon en cuanto a no polarizar las tendencias religiosas indicadas como un conflicto claramente delimitado entre católicos, protestantes y herejes. Para Bataillon no tienen coincidencias superpuestas. Más bien son un mosaico de elementos conectados, congregados y coincidentes en algunos aspectos y divergentes en otros, en un período de grandes turbulencias políticas --las “tendencias de los alumbrados ofrecen analogías evidentes con las de la gran revolución religiosa que conmueve por entonces a Europa, tendencias que de manera tan engañosa suelen resumirse con términos como *protestantismo* o *reforma*. No se puede despachar el problema declarando que las afirmaciones de los ‘alumbrados’ coinciden en ciertos puntos con las de los protestantes” (p. 166); “[El iluminismo] podrá ser cualquier cosa, menos una aberración espiritual o una doctrina esotérica para uso de unos pocos círculos de iniciados. Es un movimiento complejo y bastante vigoroso, análogo a los movimientos de renovación religiosa que se producen en todas partes, y no sólo en Alemania [...] La solidaridad del iluminismo con la revolución religiosa europea es algo que no deja lugar a la más pequeña duda. Pero su parentesco está, sobre todo, en sus orígenes comunes” (p. 185).

La historia de los comienzos de la ciencia moderna en Europa en los siglos XV – XVI – XVII (Ball) muestra, además, la gran influencia del Gnosticismo importado a través del Neoplatonismo de Alejandría. Asentado y prestigiado especialmente en Florencia por las academias fundadas por los Medici (Hauser, vol. 2), elementos gnósticos fueron difundidos a

través de todas las cortes reales y los grandes centros universitarios europeos por los intelectuales trashumantes del período en conferencias, cursos y publicaciones hechas por empresarios aprovechando la imprenta de Gutemberg. Ese Gnosticismo influyó en el desarrollo de la astronomía, la química, la farmacología, la medicina y la terapéutica, constelando con ocultismo, magia, teología y filosofía principios hoy característicos de la ciencia moderna. También dio origen a movimientos herejes y políticos de la nobleza y del bajo pueblo que se sublevaron en contra del poder de la Iglesia Católica, de las monarquías y de la nobleza.

Tampoco la teología gnóstica tiene contornos precisos, aunque sin duda tiene claros principios fundamentales. Hans Jonas, R.M. Grant y Francisco García Bazán describen el Gnosticismo como una religión del Oriente Medio concurrente con el platonismo y el cristianismo, de objetivos salvíficos, de muchas escuelas y sectas, con diferentes sistemas teológicos, pero de fundamentos comunes. Se caracterizó por una concepción transmundana de dios, planteando un dualismo que separa estrictamente espíritu y materia, dios y mundo, alma y cuerpo, luz y oscuridad, bien y mal, vida y muerte, en que la salvación se encuentra en la negación del mundo y la reunificación del espíritu con ese dios distante. Se trata de una religión altamente sincretista que fusionó elementos teológicos, filosóficos, simbólicos y rituales de los judaísmos helénico y alejandrino, neopitagóricos, platónicos, teología babilónica y persa, cultos esotéricos y misterios orientales y cristianismo, en especial la reelaboración de la figura de Jesús. La inestabilidad de la teología cristiana hacia el siglo II llevó a los Padres de la Iglesia a considerar el Gnosticismo como una herejía cristiana. El descubrimiento de una colección de escritos gnósticos en Nag Hammadi, Egipto, en 1945 ha enriquecido el conocimiento de esta religión (Wallis y Bregman).

Las prevenciones de Bataillon, Jonas y Grant indican que detectar una matriz gnóstica en *Don Quijote* no implica que Cervantes haya sido necesariamente un hereje anticristiano y anticatólico.

Los mitologemas más básicos del Gnosticismo son críticos, escépticos, antagónicos y nihilistas ante las cosmogonías de la antigüedad clásica griega, del judaísmo y del cristianismo (Jonas), con los que también tienen coincidencias (Grant). La cosmología gnóstica supone un dios originario, llamado Principio Primero, Uno, Padre, Bien, “solitario, nonato, sin residencia, sin tiempo, sin consejero, sin ninguna sustancia que se pudiera

concebir [...] calmo, en reposo en sí mismo” (Pépin, p. 298), pleno en la contemplación de sí mismo. Este dios pleno de amor y potencial, sujeto de amor, decidió que no podía ejercerlo sin que existiera un objeto para su amor. Por ello creó un principio femenino llamado Sofía, Intelecto, Verdad. Así la Unidad cósmica se convirtió en una dualidad generadora de múltiples entes. Sofía los creó como múltiples dioses menores de acuerdo con las Formas del Principio Primero. Estos Eones primeros, a su vez, crean y presiden múltiples cosmos; a su vez estos Eones secundarios generan otros múltiples dioses y cosmos menores. La Unidad se diluyó en la Multiplicidad sin menoscabar la Unidad.

Uno de estos Eones, un dios mediocre, vano, ostentoso, megalómano llamado Demiurgo, imitó al Uno y tomó las energías originales que lo sustentaban para crear un cosmos de materialidad y oscuridad a su propia imagen y semejanza. El cosmos resultante – el mundo habitado por los seres humanos—fue, por tanto, una entidad fallida, cuyos procesos, evoluciones, criaturas y relaciones sólo pueden manifestarse y comportarse como malignidad. El estado natural del mundo se caracteriza por degradaciones, sufrimientos, horrores, olvidos, corrupciones, perversiones, depravaciones, crímenes e injusticias que se reproducen infinitamente, en la oscuridad. Para conservar este cosmos el Demiurgo creó múltiples entes para mantenerlo y disciplinarlo. Estos son las autoridades llamados Arcontes que responden al Gran Arconte, el Demiurgo. Este es el mundo en que Cervantes sitúa a don Quijote.

En lo que respecta a los seres humanos, en la cosmología gnóstica hay tres orbes –la plenitud espiritual, el Plenorama de Luz Verdadera del Uno, distante, ignoto, impasible, absolutamente despreocupado de los dioses y cosmos menores a que dio origen; la materialidad degradada del mundo en que existimos y el orbe intermedio de Sofía.

El orbe de Sofía es donde Cervantes instala la espiritualidad de Dulcinea del Toboso, a diferencia de Aldonza Lorenzo, su materialización degradada. Por haber creado al Demiurgo reproduciendo las Formas del Uno, a través de este dios mediocre Sofía canalizó hacia cada ser humano una matriz muy debilitada de la Forma originaria del Hombre. No obstante, por no haber descendido a la materialidad del mundo del Demiurgo, Sofía conserva plenamente la Belleza y el Amor del Pleroma y sirve como acicate para que los seres humanos retornen a la Unidad original del Pleroma (Miller; Perkins). En primera instancia el acicate es dinamizado por la naturaleza fluida del principio femenino. Sofía está

asociada con el deseo, el éxtasis erótico manifestado con metáforas acuosas, de flujos, líquidos, mareas, exuberancias, trasvasijamientos que desasosiegan y desestabilizan las identidades fijas de los seres del mundo material creado por el Demiurgo. Puesto que realmente proceden del mito de la Unidad y sus identidades son transferibles entre sí, no hay órdenes y jerarquías esenciales, sino flujos de repetición y transfiguración. Sofía también era llamada Pistis, Zoe, Afrodita, Psique, Pronoia, Eva. Recordemos la dificultosa identificación del “autor” verdadero de la novela; los múltiples nombres de don Quijote, Alonso Quijano, Quijana, Quijada, Quesada; la anonimia del cura y del barbero, los amigos de don Quijote; Sansón Carrasco como Caballero de los Espejos, Caballero del Bosque, Caballero de la Selva, Caballero de la Blanca Luna; Diego Miranda como Caballero del Verde Gabán; la anonimia del Duque y la Duquesa.

Sumergida en la materia, aprisionada en los cuerpos individuales, debilitada la Forma y la energía del dios verdadero, la unidad originaria se malogró en la dispersión y la diversidad (Jonas). Para los seres humanos el mundo es hostil, caótico, infernal. Experimentan su existencia, su entorno y la gravitación de los espacios astrales sobre el mundo como soledad, vulnerabilidad, difusa añoranza del origen perdido, como caída, hundimiento, derelicción, temor, angustia, abandono desesperanzado en entrampamientos laberínticos de horribles dimensiones, en que reina la oscuridad, la ambigüedad, la mixtura de principios contradictorios que desorientan. Los seres humanos son como muertos que hacen mímica de la vida, incapaces de imaginar alternativas porque están insensibilizados. Sus vidas transcurren en un sopor, en un sueño poblado de ilusiones, obsesionados por la riqueza y las posesiones, intoxicados y emborrachados por deseos insaciables, gozando una sensualidad orgiástica, embrutecidos, en medio de ruidos ensordecedores, todo esto condicionado tanto por la inercia de la materialidad como por las disciplinas de los Arcontes que administran el mundo en lo institucional y religioso.

En su secuestro en la materialidad, sin embargo, el desasosiego provocado por la fluidez de Sofía impulsa a que la chispa de luz originaria implantada en los individuos busque liberarse para volver a la plenitud del Pleroma. Se repite el mito de Eros y Psique (= Sofía). Eros, ícono masculino asociado con lo material, el fuego, lo seco, ansía, sufre, se castiga, se disciplina y se desespera por conectarse y complementarse con Psique, ícono de lo espiritual, lo femenino, la sangre, la humedad, en un éxtasis de amor. Recordemos las

disciplinas de don Quijote en honor de Dulcinea del Toboso en el desierto de la Sierra Morena. Recordemos, además, que en su estudio de la psicología de don Quijote de acuerdo con la medicina de la época –especialmente la teoría de los humores de Juan Huarte de San Juan— Carroll Johnson expone que “El temperamento colérico de don Quijote está determinado por su hígado, que produce bilis amarilla (cólera) asociada con el elemento aire, cuya característica primaria es la sequedad. En realidad, la sequedad es parte esencial de la constitución psico-física de nuestro héroe” (p. 16). Johnson cita al mismo Huarte en cuanto a la imaginación enferma de don Quijote: “ya que el frenesí, la manía y la melancolía son pasiones calientes del cerebro, existen importantes razones que indican que la facultad imaginativa consiste de calor”; “Los viejos poseen gran entendimiento porque son secos, y por esta misma razón, ya que les falta humedad, su memoria les falla” (p. 20).

Sofía tiene un significado ambiguo en el mundo material. Sofía no pertenece a este mundo y nunca quedó aprisionada en él. Su energía femenina es salvífica sólo en la medida en que provoque el erotismo espiritual en los humanos para movilizarlos en la búsqueda de la *Gnosis*. Sin la unión efectiva de las energías femeninas y masculinas, toda simbología maternal y acuática de la naturaleza tiene un significado demoníaco puesto que contribuye a la perpetuación del mundo material. Veremos que en la novela todo lo relacionado con la “naturaleza húmeda” es siniestro.

La liberación tiene dos vías (Jonas). Puede provenir desde fuera del mundo, potenciada por un maestro enviado por el Uno, quien logra atravesar los esferas astrales celosamente custodiadas por los Arcontes para mantener su dominio. O puede provenir desde el mundo porque existen individuos y grupos de iluminados –seres *pneumáticos*-- cuya chispa divina los predispone a tomar conciencia del entrampamiento en que viven, que luchan por neutralizar las actitudes subliminales y el adoctrinamiento que infunden las burocracias arcónticas. Por proceder de la malignidad mundana, en la psiquis de estos individuos la chispa divina convive y se debate con demonios antagónicos entre sí que desorientan obsesionando con las normas y valores arcónticos. Aun conscientes de la degradación del mundo y de sus propias corrupciones y carencias espirituales en lo personal, imaginan y actúan súbita e intermitentemente con la intuición de esa espiritualidad superior que surge de su psiquis acicateada por Sofía. Como don Quijote y Sancho Panza, estos iluminados buscan reunirse en apoyo mutuo para revivir las lógicas con que, a través

de los milenios, la humanidad ha buscado la *Gnosis* –es decir, recuperar el conocimiento que los reconecte con la Verdad, la Belleza, el Amor.

La estructura de *Don Quijote* está armada en torno a un símbolo primordial del Gnosticismo --el “Hombre Alienado, Extraño” (Jonas). Este puede ser un mensajero enviado a las mazmorras del mundo por el Uno o un habitante del mundo en proceso de transformación o ya transformado por la *Gnosis*. Responde a su esencia extracósmica y, por tanto, es antagónico, hostil y desdeñoso ante el mundo, es nihilista. Su presencia resulta incomprensible, causa sorpresa, asombro, molestia, rechazo y mofa entre los Arcontes y los seres hundidos en el sopor de la ignorancia. De todos modos, inquietamente intuyen su majestad y que portan un llamado a despertar. En todo caso, el “alienado” tiene características humanas y, como Jesús, debe padecer los mismos sufrimientos y tormentos de todo ser humano porque, al encarnarse, se hace parte de la creación demiúrgica. La interioridad psíquica de este iluminado es un abismo en que se dan todos los conflictos, tumultos y tormentas incontrolables de las fuerzas demoníacas que, quizás, finalmente lo posean y abrumen, como ocurre con don Quijote.

Portando su nihilismo y su llamado a despertar, “el alienado” peregrina, vagabundea atravesando los espacios de poder de los Arcontes en todas sus variaciones, siempre respondiendo a las incitaciones de Sofía-Dulcinea del Toboso pero con el riesgo de perder su concentración mental (Miller). Atestigua la falsía de esta vida con estancias en diferentes formas de “moradas” arcónticas en que hay extraños cambios de vestimentas e identidades, en que el viajero se expone a tentaciones degradantes –como las de Altisidora-- que pueden derrotar su misión. Este vagabundeo tiene un carácter purificador en cuanto expone las diferentes energías que se ocultan en las falsías de estas moradas.

La iluminación gnóstica no tiene un sentido revolucionario, como hoy en día entenderíamos el término. Es una experiencia religiosa trascendental que no implica cambios en las relaciones de clases y del orden institucional existente y de sus autoridades. Perfeccionar la institucionalidad no tiene sentido en el Gnosticismo porque sólo reiteraría y conservaría la malignidad y el poder de los Arcontes. El despertar en sí mismo es el objetivo gnóstico en cuanto recuerda al ser la Unidad originaria y apunta a un modo de vida adecuado a esa nueva conciencia. La consecuencia de la *Gnosis* es la indiferencia ante los objetos del mundo y sus normas, y el cultivo con otros iluminados de la indiferencia en una



silenciosa y, en lo posible, imperceptible oposición y desafío a la autoridad arcóntica. La liberación es, entonces, la asunción de un ascetismo por el que la existencia se purifica absteniéndose de las sensualidades, poluciones y contaminaciones provocadas por los entes del mundo. Con lo dicho es fácil que el lector de Bataillon vea la similitud de los gnósticos con los “iluminados recogidos y dejados”.

Don Quijote y Sancho Panza encarnan de manera diferente la espiritualidad extraña al orden establecido del “Humano alienado”. El viaje de don Quijote por ventas, solares y castillos es un ejercicio ascético de acuerdo con la tradición caballerescas, el amor cortés absolutamente espiritualizado y el afán de justicia relacionado con esa tradición. Don Quijote separa ese ideal de la materialidad corporal de un ser humano real, Aldonza Lorenzo, y rechaza denigrarlo con el placer sexual. Con su simpleza mental, Sancho se rige por sapiencias y sentidos comunes campesinos con que demuestra una capacidad para gobernar y hacer justicia superior a la de los nobles que detentan el poder social. Pero, como propone el Gnosticismo, en la psiquis de estos iluminados el llamado a despertar convive con los demonios que dinamizan y mantienen un mundo fallido. Don Quijote es literalmente un “alienado”, un demente, un psicótico que ha elegido encarnar los mitos caballerescos, el ícono principal que los Habsburgo cultivaron para prestigiar su dinastía. Por su parte, la sabiduría de Sancho está contaminada por su ambición de ganancias y poder, para lo que aun está preparado a engañar a su amo, a quien, sin embargo, profesa lealtad y amistad.

Este ascetismo gnóstico –ese simultáneo “ser del mundo, estar en el mundo, negar al mundo”–obligó a Cervantes a configurar una semiótica que simultáneamente rechaza, acepta y aun goza la materialidad social degradada, de acuerdo con su propia vida, protegiéndose cazurramente de acusaciones de herejía. El nihilismo gnóstico acostumbraba a mostrar sus verdades mediante alegorías herméticas. Ante las deshumanizaciones de la organización social de España, la voz narrativa principal en *Don Quijote* arma un mosaico en que se las contempla con impasibilidad e ironía, sorpresivamente mostrando vislumbres de la chispa divina secuestrada. La insanía de ciertos incidentes es abruptamente contrapesada con la lucidez de otros que, después de todo, revelan la existencia de una sanidad no del todo silenciada. Esta semiótica condiciona formatos dramáticos que permiten la gran arbitrariedad lógica propia de la sátira, la parodia y la farsa, promoviendo la convivencia

cercana y antinómica con lo realista, lo trascendental, lo absurdo, lo grotesco, lo risible. De aquí resulta una fraseología laberíntica y un formato de secuencia de capítulos con la que Cervantes busca desorientar al lector planteando proposiciones inicialmente afirmadas, luego debilitadas a medida que se desarrollan los argumentos, terminando por negarlas, a veces dentro de un mismo capítulo; escabrosos juegos con la dimensión temporal; largas y tediosas declamaciones de los personajes que aburren y distraen al lector, en que sólo unas pocas palabras y frases, al parecer dichas de soslayo, son las que realmente contienen las claves interpretativas más importantes; capítulos con postulaciones que niegan otras que se han hecho en capítulos anteriores o se harán en capítulos posteriores; el ocultamiento, escamoteo de segmentos de los episodios narrados para impedir el conocimiento de datos de importancia.

En el personaje don Quijote convergen las principales antinomias en cuanto porta el llamado al despertar gnóstico a la vez que encarna la imagen caballerisca que los Habsburgo cultivaron a través de los siglos para expandir sus pequeñas posesiones originales en el norte de Suiza, prestigiar su dinastía para ocupar la vacancia de la Casa de Austria, asegurarse el trono del Sacro Imperio Romano y, más tarde, con el ascenso de Carlos V, la monarquía española y legitimar su geopolítica imperial. Conviene explorar esta manipulación política de íconos caballerescos (Wheatford).

El Sacro Imperio Romano era una organización de 360 feudos cuyo emperador era elegido por un grupo de nobles y jerarcas de la Iglesia Católica. Cada uno de estos feudos conservaba su soberanía ante el gobierno central, de manera que el acceso al trono dependía de la negociación de alianzas estratégicas. Para predominar en estas negociaciones, además de las coyunturas políticas del momento, era imperativo que los linajes aspirantes proyectaran un prestigio indiscutible. Esto lo lograban promoviendo imágenes y relatos favorables, circulando rumores, usando el folclor disponible, patrocinando a escritores y pintores como propagandistas, interviniendo los festivales populares y religiosos, teatralizando ostentosamente el boato de los protocolos y ceremonias de la nobleza,.

Rodolfo IV el Fundador (1339-65), el primer Habsburgo que ocupó el ducado de los Austrias, sentó las bases para ese ascenso fijando en su linaje de allí en adelante la convicción de que Dios los llamaba a la misión de construir un Imperio Universal y

falsificando un documento que alineaba antecedentes de los anteriores detentadores de la Casa de Austria para proclamar el privilegio especial y superior de su linaje por haber recibido mercedes directamente de dos emperadores romanos, Julio César y Nerón, y ser descendientes de Carlomagno.

Alberto V, duque de Austria, fue el primer Habsburgo elegido emperador del Sacro Imperio Romano en 1437 con el nombre de Alberto II. De allí en adelante los Habsburgo fueron emperadores por trescientos años.

Federico V el Obeso, Sacro Emperador Romano (1415-1493), bisabuelo de Carlos V, fue quien racionalizó el proceso de mitificación de su linaje a raíz de su experiencia de ascenso al trono. Ya desde el siglo XIII estaban circulando leyendas sobre Federico II, apodado Estupor del Mundo, rey de Sicilia, Sacro Emperador Romano, muerto en 1250. En el folclor se dudaba de su muerte y se decía que dormía en una tumba de la catedral de Palermo. Despertaría y volvería como salvador en un momento de grave crisis en Germania para fundar una edad dorada de paz. A fines del siglo XIII un joven campesino había dirigido una revuelta contra los Habsburgo proclamando ser el Federico mesiánico. En 1403 apareció un escrito que exigía que el emperador Segismundo corrigiera sus injusticias y preparara el camino para el retorno del Orden Divino identificado con un cura llamado Federico de Lantnaw. Buscando un sucesor luego de la muerte del emperador Alberto II, los electores seleccionaron a otro Habsburgo cuyos antecedentes familiares coincidían con el espíritu de guerrero de Federico II en las Cruzadas.

Convencido del potencial mítico de la historia de su dinastía como instrumento de influencia política, durante su vida Federico V agrupó sus elementos metafóricos expandiendo y complementando su significación echando mano de la astrología, la necromancia y la alquimia. Así no sólo prestigió a su dinastía entre las monarquías y el populacho europeos; también descubrió el elemento propagandístico y dijo haber logrado una capacidad de maniobra y predicción mágicas para lograr que alguno de sus descendientes llegara a ser emperador universal. La asociación de la dinastía con niveles sublimes y místicos de simbolismo mágico tuvo un inmenso impacto público. Federico V resucitó antiquísimos rituales, ceremonias y protocolos monárquicos y creó otros, dotándolos de gran boato y simbologías de poder subliminal, exhibiéndolos como espejo de una trascendentalidad totémica que teatralmente se materializaba en el presente a través de

su dinastía. Para Federico V la interpretación mística y mágica vaticinaba los nacimientos más promisorios para la prolongación del poder político de su familia, dictaba los pactos matrimoniales e indicaba las fechas y circunstancias más propicias para realizarlos y tomar decisiones políticas. Conectó su linaje con héroes de las antigüedades egipcia y greco-romana y con santos y mártires cristianos. Su gran ideal fue organizar otra Cruzada, pero no pudo convencer a sus aliados y reunir el capital necesario.

Federico V era feo, obeso, adiposo, desagradable y maloliente y no pudo concretar sus ambiciones. Ellas comenzaron a cumplirse con su hijo Maximiliano I, Sacro Emperador Romano (1459-1516). Maximiliano fue un joven apuesto, simpático, elegante, con apariencia y gestos de magnanimidad monárquica, ostentoso, atlético, inteligente. Lo apodaban "Hércules germano". Su educación hizo énfasis en la equitación, la caza y las justas y torneos caballerescos. Su padre creó para él la Orden de Caballeros de San Jorge. Maximiliano juró en ella a temprana edad prometiendo unificar la Cristiandad. Se preocupó de modular cuidadosamente la imagen de su persona proyectada por los propagandistas de la corte. Supervisaba el trabajo de los pintores y grabadores que difundían sus poses y posturas estudiadamente épicas. Lo mostraron como "el último caballero", continuador de la tradición del rey Arturo y la Mesa Redonda. Fue una imagen tan popular que Maximiliano apareció como héroe de once novelas de caballería, de las que era muy aficionado y supervisó su difusión. En Maximiliano I los Habsburgo encontraron su primer héroe universal. Maximiliano I nunca dudó de que su conducción política respondía a una misión salvífica de la humanidad.

Pero Federico V y Maximiliano I tenían el lastre de ser pobretones cargados de deudas. No fue así el caso de Carlos V, Sacro Emperador Romano (1500-1558), bisnieto de Federico V. Nació en Borgoña, ducado de gran riqueza, elegancia, cultura y renombrado boato. De muy niño su abuelo Maximiliano I lo identificó con la Orden del Toisón de Oro, fundada en 1430, la más rica y esplendorosa de la época. En ella Carlos V exageró la tradición mística de sus abuelos. Era vicioso de la lectura de novelas de caballería. Tenía la certeza de que a través de la Orden del Toisón de Oro se manifestaba el espíritu de Troya, de Jasón, de Carlomagno, de los Argonautas en la nueva misión de rescatar el Cordero de Dios con las Cruzadas pasadas y futuras. A imitación del rey Arturo y de los caballeros de la Mesa Redonda, restauraría el orden y la armonía en un mundo caótico, poseído por el Anticristo

encarnado en los otomanos, los musulmanes y los protestantes. Esta noción caballeresca fundamentó el ultracatolicismo de la monarquía habsburguiana en España y la inflexibilidad con que Felipe II orientaba su política internacional como misión divina.

En una época como la nuestra damos por sentado que los lideratos políticos buscan la objetividad científica en la inteligencia militar y en las ciencias sociales para tomar sus decisiones. En los siglos XV, XVI y XVII, además de los instrumentos políticos usuales —las negociaciones diplomáticas, el espionaje, el soborno, el asesinato, el secuestro y los interrogatorios bajo tortura— para conocer los planes de sus enemigos y neutralizarlos, entre sus asesores los monarcas contaban con brujos, adivinos y astrólogos que consultaban tablas pitagóricas y astrales y lanzaban todo tipo de hechizos, embrujos, sortilegios y encantamientos (Woolley). No es de extrañar, entonces, que, urgido por una misión subversiva de restauración de la justicia en un orden social maligno, don Quijote se sintiera permanentemente amenazado por encantamientos.

No creo prudente atribuir a Cervantes una convicción religiosa en el uso de esa matriz gnóstica en *Don Quijote*. Más bien creo que fue un elemento de la cultura disidente de la época que le sirvió como gran metáfora sintetizadora de la experiencia de toda una vida y de su crítica de la catastrófica conducción política de los Habsburgo. Por muy expediente que le haya sido la metáfora gnóstica en lo literario, Cervantes se muestra como materialista en su concepción de la historia, materialista en el sentido contemporáneo --su criterio implícito de evaluación de los sucesos históricos fue captar la lógica de las acciones colectivas en el marco de las carencias de una gran estrategia nacional pésimamente ejecutada.

La gran estrategia nacional es un concepto formalizado en la época actual. Imputarla retrospectivamente a las preocupaciones críticas de Cervantes requiere una justificación epistemológica. Esa justificación está en las terribles incompetencias estratégicas, tácticas y logísticas experimentadas por todos los rangos militares del primer aparato imperial europeo moderno, orientado a una guerra total permanente, en tantos teatros de operaciones. Las dislocaciones de este aparato militar fueron tan masivas como para que la imaginación instrumental, a partir del repudio de las incompetencias de esa época, se viera forzada a visualizar un futuro de mayor racionalidad tecnocrático-administrativa. Los lideratos político-militares europeos tuvieron que confrontar los grandes fracasos y desperdicio de vidas y

recursos y el imperativo de implementar con algún grado de lógica y eficiencia nuevos sistemas de reclutamiento, concentración, avituallamiento, transporte y paga de enormes masas de soldados, entrenar a la tropa para el uso de las nuevas armas de que disponían ahora masivamente, arcabuces y artillería, mejores sistemas de despliegue y maniobra y nueva arquitectura para las posiciones de defensa. *Don Quijote* es parte de un vuelco futurista de la imaginación burocrática que más tarde resultó en el concepto de gran estrategia nacional. Esta afirmación requiere mayores precisiones.

Desde una perspectiva imperialista, una “gran estrategia es un concepto englobante que guía el modo con que las naciones emplean todos los instrumentos del poder nacional para intervenir en los sucesos mundiales y lograr objetivos específicos de seguridad nacional. Una gran estrategia provee el nexo entre los objetivos y las acciones nacionales estableciendo una visión del mundo deliberadamente ambigua a partir de acuerdos consensuados (objetivos), los métodos (instrumentos) y los recursos (medios) que se emplearán al perseguir esa visión. Las grandes estrategias eficientes proveen a los líderes nacionales, a los encargados de formular políticas públicas, a los aliados y a los ciudadanos influyentes de un propósito y una dirección unificadores en el logro de sus intereses comunes” (Bassani, p. 10).

La noción de ambigüedad insertada en esta definición se refiere, por una parte, a la flexibilidad de concepción y maniobra que necesitan los diferentes lideratos nacionales a través del tiempo para corregir distorsiones como las de Felipe II provocadas por su ultracatolicismo. El pragmatismo de don Juan de Austria quizás habría corregido esta distorsión, si se lo hubiera considerado. También esa noción de ambigüedad se refiere a que, aunque la conducción de una gran estrategia nacional demanda concepciones científicas para dar coherencia a factores geográficos, económicos, políticos, los recursos militares y técnicos de la nación y los componentes étnicos de la población, esa conducción tiene una fuerte dimensión poética.

Esta dimensión poética radica en que los lideratos nacionales deben imaginar, intuir, visualizar escenarios de acción todavía inexistentes y discernir factores intangibles y motivaciones recónditas en las reacciones, acciones e intenciones de aliados, oponentes y enemigos en la arena internacional. Los lideratos deben conectar síntomas y evidencias de conducta ostensible o desperdigada y elementos de inteligencia que en apariencias tienen

poca relación entre sí y exprimir de esta masa hipótesis quizás escasas y de incierta vigencia temporal para hacer vaticinios inevitablemente frágiles. Esta visualización intuitiva se origina y apoya en los recursos simbólico-metafóricos acopiados por una civilización para plasmar sensibilidades colectivas idiosincráticas. En ello intervienen la literatura, las artes, la filosofía, la teología y las diferentes ciencias disponibles. En la lógica de las grandes estrategias nacionales el predominio de estas sensibilidades es designado como “valores nacionales” que fundamentan las acciones del Estado en el concierto de las relaciones internacionales. En este sentido hay una similitud entre los términos en que se narra una gran estrategia nacional y una novela como *Don Quijote*, especialmente si se considera la gravitación de los mitos caballerescos como íconos del poder imperial.

La narración de los objetivos de una gran estrategia nacional son, en realidad, un catastro de los recursos geográficos, naturales, humanos (raciales y étnicos), políticos, intelectuales y psicosociales existentes en el territorio nacional, los modos con que la población ha convertido el territorio en un habitat optimando la productividad tecnocientífica, la homogeneidad étnica y la cohesión espiritual de la población para concebirse como comunidad histórica dotada de una voluntad orientada a la consecución de los objetivos nacionales definidos por el liderato político-militar. Con estas articulaciones puede decirse que un Estado domina la masa territorial y humana para imponer políticas conducentes no sólo a la supervivencia sino también a proyectarse material e ideológicamente a una hegemonía mundial.

En otras palabras, las grandes estrategias nacionales son constructos ideológicos. Louis Althusser definió la ideología como la representación figurativa de relaciones sociales reales. Como se observara en los párrafos anteriores, esto implica que los conjuntos simbólico-metafóricos atribuidos a las relaciones económicas, sociales e institucionales conforman un universo de imágenes ilusorias, que interpelan de manera emotiva y subliminal a los grupos de un colectivo humano para que se sometan y cumplan con los roles prescritos por la hegemonía social. Como donadoras de un valor a la personalidad individual de acuerdo con su situación en la jerarquía social, estas matrices metafóricas subliminales provocan una sensación de entrega incuestionada, de confianza en el orden social, que en parte puede experimentarse como una especie de éxtasis a veces cercano a la fe religiosa. Para Althusser, este ilusionismo es un fenómeno objetivo que obedece a leyes propias y

que, como sistema poético, tiende a reproducirse de maneras independientes e imprevistas en la convivencia cotidiana.

A modo de caleidoscopio, el universo de ideogemas predominantes en una sociedad se realinea, reajusta y recompone en respuesta a las incidencias históricas experimentadas desde la cotidianeidad. De acuerdo con esas incitaciones, temporalmente algunos elementos pueden convertirse o ser usados como punta de lanza en la verbalización de una respuesta emocional e intelectual del colectivo humano ante los sucesos, reordenándose el conjunto total de ideogemas. Por ejemplo, en *Don Quijote* Cervantes usa imágenes de la ideología oficial caballeresca como punto de entrada al conjunto de discursividades vigentes en España, congregándolas y constelándolas desde su propia perspectiva crítica.

Inevitablemente la experiencia práctica inmediata muestra fricciones con las ilusiones ideológicas, revelando desfases y desajustes entre las dos. Estas fricciones pueden activar las dimensiones racionales de la personalidad para determinar y analizar su causa, quizás poniendo en duda las ideologías oficiales. Desde la perspectiva del poder hegemónico esto moviliza a los aparatos ideológicos del Estado --la educación, la religión, la ley, el arte académico, por ejemplo-- para neutralizar la percepción de las consecuencias últimas de esos desfases y desajustes y proteger la continuidad del ordenamiento social.

El aporte de Althusser está en señalar que la historia como teleología es conocida a través de la malla poética de ilusiones ideológicas. Esto indica que tanto el dato histórico objetivo como la ilusión ideológica que lo distorsiona tienen estatus social de realismo similar. *Esta observación hace evidente que, en Don Quijote, Cervantes otorga a la imaginación poética un estatus idéntico al de verdad histórica, en la medida en que concibe la literatura como medio para comprender el sentido real de la historia española.*

Las luchas de la Modernidad contra el *ancienne regime* requirieron un desmantelamiento científico de los procesos ideológicos subliminales. En lo militar, ese científicismo resultó, por ejemplo, en conceptos como geopolítica, gran estrategia nacional y sistemas de comando y control. *Don Quijote* tiene una relación directa con este científicismo. Sopesemos especialmente el hecho de que el escrutinio de la biblioteca de don Quijote (I, VI), a poco de iniciado el relato, no sólo implica un rechazo de la novela caballeresca como género literario sino también un cuestionamiento de la sensibilidad



cabalresca imperial como sustento del orden social.